

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

SOBRA UN CADAVER

Lou Carrigan



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



LOU CARRIGAN

**SOBRA
UN CADAVER**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 835
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 5.682 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: abril, 1978

© Lou Carrigan - 1974

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección LA HUELLA:

140—Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

380 — Soplo de muerte.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

235 — Los siervos de la guerra.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

314—Se busca por asesino.

En Colección PUNTO ROJO:

831 — ¡Cariño, este tipo está muerto!

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.443 — Felices sueños, querida.

PRELUDIO

Robert Delaney se apartó de la ventana, y se volvió hacia su compañero de trabajo y amigo Maxwell Pyne, que estaba sentado ante la chimenea encendida.

—Ya no puede tardar mucho —dijo—. Es la hora.

—Aún faltan unos minutos —miró Pyne su reloj de pulsera—. Ven a sentarte ante el fuego, hombre; se está estupendamente. Es una lástima que todavía no haya nevado, porque el ambiente sería de lo más agradable.

—Pues no creo que tarde en nevar —dijo Delaney.

Cruzó el saloncito de la cabaña que habían alquilado en el Cootes Motel, en Hamilton, provincia de Ontario, Canadá, empujó el otro sillón hasta delante de la chimenea, y se sentó. Encendió un cigarrillo y sonrió.

De todos modos, realmente, se estaba bien allí. El motel estaba en Longwood Road, un poco hacia dentro, muy cerca del pequeño lago llamado Cootes Paradise, que a su vez se comunicaba por medio de un canal con Hamilton Harbour que a su vez se comunicaba con el Lago Ontario por el canal que se había abierto en la estrecha faja de tierra por la que pasaba la carretera número veinte. Sí, se estaba muy bien allí.

—Si quieres que te diga la verdad —murmuró de pronto Maxwell Pyne—, estoy un poco preocupado.

—¿Por qué? —se sorprendió Delaney.

—No sabría decírtelo. Pero...

Fue entonces cuando sonó la llamada a la puerta de la cabaña. Los dos miraron hacia allí vivamente, y Delaney hizo una seña, comenzando a ponerse en pie.

—Yo abriré —dijo.

Fue hacia la puerta, abrió y sonrió al ver al hombre que había en el porche.

—Hola —saludó éste, sonriendo—. Creo que soy puntual, ¿no es así?

—Más o menos —sonrió también Delaney—. Demonios, pasa, hace un frío tremendo ahí fuera.

El recién llegado entró en la cabaña, saludando con la mano a Pyne, que se había puesto en pie y lo contemplaba con sonriente expectación. Su mirada descendió hacia el portafolios que el recién llegado sostenía en la mano derecha.

—¿Qué tal? —saludó Pyne, moviendo también una mano—. Buena idea la de venir aquí. ¿Quieres beber algo?

—No —rechazó el recién llegado—. Tengo un poco de prisa.

Delaney y Pyne cambiaron una mirada de extrañeza. A una señal de su visitante, se colocaron juntos ante él, que colocó el portafolios sobre el brazo de uno de los sillones, lo abrió y metió la mano dentro.

Sacó una pistola con silenciador, apuntó a Delaney al pecho y disparó.

Plop.

Delaney recibió la bala en pleno corazón, de modo que cuando saltó hacia atrás, ya estaba muerto.

Maxwell Pyne no supo o no pudo reaccionar a tiempo. La sorpresa había sido tal, que por un instante, ni siquiera palideció, ni se asustó. Sólo su boca comenzó a abrirse, en un gesto de pasmo.

Plop, volvió a disparar el visitante.

También esta bala fue certera, alcanzando de lleno el corazón de Maxwell Pyne, que fulminantemente muerto, cayó sentado en el sillón que había estado ocupando. Y allí se quedó, con la cabeza caída sobre el pecho, como contemplando la manchita roja que apareció en su camisa. Junto a él, con las puntas de los pies apuntando hacia el techo, yacía Robert Delaney.

El visitante estuvo unos segundos inmóvil. Sólo sus ojos se movieron mirando de Pyne a Delaney y viceversa. Luego, todavía con ciertas precauciones, los examinó, asegurándose de que estaban muertos.

Vaya si lo estaban.

El visitante guardó la pistola en el portafolios, y de éste sacó unos papeles de sólida contextura, llenos de dibujos lineales, de planos. También había un par de mapas, formidablemente

detallados. Los arrugó todos y los fue tirando al fuego de la chimenea, que se avivó bruscamente, con altas y alegres llamaradas que los consumieron rápidamente. Excepto el último plano, pues el asesino se las arregló de modo que sólo quedase parcialmente quemado, y que la parte intacta, del tamaño de una cuartilla, yaciese a un lado del fuego de troncos, sin peligro de quemarse.

Luego fue hacia el televisor y lo puso en marcha. Aparecieron las imágenes a los pocos segundos, esperó a que quedasen estabilizadas automáticamente, y graduó la potencia del sonido de tal modo que, aunque discretamente, podía ser oído desde fuera de la cabaña, según sus cálculos.

Tomó el portafolios, fue hacia la puerta, la abrió protegiéndose la mano con un pañuelo, y salió al porche, dejando la puerta abierta unos dos palmos. Miró a todos lados, bajó del porche, y se dirigió, tranquilamente, sin prisas, hacia la salida del motel, caminando por el sendero de peatones.

El cielo tenía un color lechoso, y parecía henchido de lluvia. El frío era considerable, y parecía aún más intenso debido a la oscuridad blanquecina de la noche. No era, ciertamente, el momento más agradable para que hubiese paseantes por el recinto ajardinado del Cootes Motel. En la mayoría de las cabañas se veía luz, y eso sí era lógico. Todo el mundo debía estar junto al fuego, leyendo, viendo la televisión, algunos cenando... Nadie afuera. Perfecto.

Estaba ya muy cerca de la salida cuando apareció el pequeño y viejo automóvil. El hombre no se alteró, no hizo gesto alguno para esconderse. Continuó caminando, siempre tranquilo, sereno; había asesinado a dos personas, pero eso no le hacía perder la calma.

Comoquiera que estaba ya muy cerca de la salida, el sendero para peatones convergía ya con la pista asfaltada para automóviles, de modo que forzosamente tenía que pasar muy cerca del pequeño automóvil que entraba entonces en el motel. Volvió un poco la cabeza, para que su rostro no pudiese ser visto por el ocupante del coche, pero, para su sorpresa, y ocasionándole una brusca tensión, el coche se detuvo.

Y la increíble exclamación llegó hasta él:

—¡Key!

El asesino quedó como clavado al suelo un instante.

—Key —insistió el otro—. ¿Realmente eres tú?

El asesino sonrió amistosamente.

—Hola, Antón —musitó.

El del coche estaba verdaderamente estupefacto.

—¡Por todas las Rusias...! ¡Eres tú! Te he visto caminando, y te he recordado... Me he dicho: sólo Key puede caminar así... Pero no podía creerlo. Ni puedo creerlo todavía —de pronto entornó los ojos y sonrió astutamente—. ¿Qué haces en Canadá? ¿Acaso sigues en activo?

El asesino miraba fijamente a su interlocutor llamado Antón. El pobre Antón ya se veía viejo, un poco encorvado... Hacía mucho, muchísimo tiempo que no se veían. Pero Antón le había recordado. Sólo con verle caminar, le había recordado. ¡Qué buen profesional había sido Antón! Y quizá, pese a su edad, todavía lo era...

—Más o menos —sonrió Key—. En realidad, sólo hago pequeños trabajos, Antón. ¿Es tuyo el coche?

—Sí. Estoy aquí unos días, de vacaciones —emitió una risita—. Me dedico a vigilar las aves del lago, les tomo fotografías. Voy a escribir un libro sobre ellas.

—¿Estás en este motel?

—Sí... ¿Tienes prisa? No me digas que sí —sonrió—. Tengo buen vodka en mi cabaña. ¡Ven a tomar un trago! Claro que si no dispones de tiempo...

—Puedo dedicarte unos minutos, desde luego —sonrió Key.

—¡Estupendo!

Subieron al coche, Antón al volante, el otro a su lado. El coche reanudó la marcha hacia el interior del recinto del motel. Antón sonreía, abstraído. De pronto, movió la cabeza con un gesto de admiración.

—¿Recuerdas...?

—Para un momento, Antón, quisiera enseñarte algo... ¿Puedo contar con tu discreta opinión?

—Naturalmente. —Antón detuvo el coche de nuevo, y miró expectante a Key, que estaba abriendo el portafolios—. Ya sabes...

Plop.

Antón se quedó con la boca abierta, y los ojos desorbitados, mirando a Key. Pero la verdad era que Antón ya estaba muerto, porque los disparos del asesino eran infalibles, certeros, precisos. De

pronto, Antón cayó de bruces sobre el volante. Entonces, Key salió rápidamente del coche, pasó al otro lado, empujó el cadáver del anciano que había querido escribir un libro sobre aves, y se colocó él al volante. El motor estaba funcionando, así que sólo tuvo que poner la marcha y continuar adelante.

Parecía no saber qué hacer, pero, de pronto, vio el brillo de las aguas del pequeño lago, una laguna más bien, la Cootes Paradise. Dirigió el coche hacia allí, y lo detuvo delante del pequeño embarcadero. Paró el motor, y quedó inmóvil, escuchando. No se oía nada. Y por supuesto, no había nadie en el embarcadero.

Salió del coche, volvió a mirar alrededor, y de nuevo se convenció de que estaba solo en la fría noche. Sacó del coche a Antón, y lo llevó hacia el embarcadero, sobre un hombro. Pasó a una de las pequeñas barcas, depositó a Antón, tomó los remos y los movió suavemente.

No se molestó en remar demasiado. Apenas unos treinta metros. Dejó los remos, y miró alrededor, buscando algo que pesase lo suficiente para retener a Antón bajo las aguas... para siempre. Y encontró lo que deseaba: el anclote de la barca, sujeto a ésta por una húmeda cuerda. Estuvo tentado de soltar la cuerda de su asidero a la barca, pero movió negativamente la cabeza.

No.

No, no, no. Estaba demasiado bien amarrada allí, así que no parecía lógico que se hubiese soltado. En cambio, podía deshacer los nudos del otro extremo, y el hecho de que debido a cualquier circunstancia sucedida bajo el agua hubiese desprendido el anclote de la cuerda no sorprendería a nadie.

Así que liberó el anclote. Luego le quitó el cinturón a Antón, y se lo colocó en un tobillo, como si éste fuera la cintura. Sobraba, naturalmente, casi todo el cinturón, y esta parte fue la que utilizó para anudarlo al anclote, asegurándose de que los nudos quedaban debidamente apretados.

Finalmente, cuidando de no hacer ruido, sumergió el cadáver en las frías aguas. Lo vio hundirse rápidamente, y movió la cabeza con un gesto que evidenciaba cierto pesar. Pero acabó por encoger los hombros, y remó de nuevo hacia el embarcadero. Una vez allí, con el pañuelo limpió bien el volante y la manilla de la portezuela derecha e izquierda. Luego recogió su portafolios y se fue.

Hasta las once menos veinte de la noche aproximadamente, nada más sucedió. Pero a esa hora uno de los ocupantes de una cabaña vecina a la número nueve, llamó a conserjería bastante irritado, exigiendo que sus vecinos apagasen el televisor.

Minutos después, el conserje del Cootes Motel estaba muy pálido, contemplando los cadáveres de los dos norteamericanos.

Y, cosa muy lógica, decidió avisar a la policía.

CAPÍTULO PRIMERO

Hacia las once de la mañana siguiente, Gurley, alto jefe de la CIA trasladado rápidamente a Nueva York, estaba contemplando a las dos personas que acababan de entrar en el despacho habilitado para la entrevista en cierto edificio de la Séptima Avenida.

Un hombre y una mujer. La mujer era un bombón. El hombre, todo un tipazo.

—¿Se conocen ya? —sonrió de pronto Gurley.

—Nos hemos visto mientras esperábamos afuera, señor —dijo la mujer—. El no es muy hablador.

—Cualidad interesante en un espía —elogió Gurley—. Espero que usted también la tenga en cuenta a partir de ahora, señorita Marlowe.

—Puesto que también soy espía —sonrió ella—, la tendré en cuenta, señor.

—Bien... Usted es nueva en esto, de modo que no conoce a su compañero Ray Stanton —señaló al hombre—. Debo decirle que es uno de nuestros mejores agentes, y espero de usted que se muestre a su altura en la misión que voy a encomendarles a ambos.

—¿Vamos a trabajar juntos el señor Stanton y yo? —Alzó las cejas la señorita Marlowe.

—Sí. Irán a Canadá.

—Entendido. ¿Qué ha pasado en Canadá?

—Concretamente, en Hamilton, provincia de Ontario, en un lugar llamado Cootes Motel: anoche, a las once, fueron encontrados dos cadáveres en la cabaña nueve del motel. No —se apresuró a hacer una seña a Stanton—, no eran de los nuestros, Ray. Se llamaban Maxwell Pyne y Robert Delaney, y ambos trabajaban en Washington, en el DEI, o sea, Departamento Estratégico Internacional. El conserje del motel encontró los cadáveres, llamó a la policía canadiense, ésta vio que los muertos eran

norteamericanos, y avisaron, así fueron rodando las cosas hasta llegar a la CIA. Miren, voy a ahorrarme molestias: ustedes irán allá, se alojarán en una cabaña y pedirán por teléfono a la conserjería que quieren comunicación con el señor Sherman. Luego, todo vendrá por sí solo.

—Muy bien, señor.

—¿Alguna duda?

—Por mi parte no.

Gurley miró a la bella muchacha.

—¿Señorita Marlowe?

—Sí, tengo una duda, señor —murmuró la muchacha—: ¿Ha dicho usted que ocuparemos una cabaña?

—En efecto. No sería lógico que un matrimonio ocupase dos cabañas en un motel.

—¿Un... qué?

—Reservaba este pequeño detalle para el final. —Gurley empujó hacia ellos un sobre grande—. Aquí dentro está toda la documentación que hemos preparado a toda prisa para ustedes. En Canadá van a ser el señor y la señora Conway.

—Muy bien, señor. Como no sabía...

—No se preocupe. Y espero que no le disguste esta faceta de su primer trabajo importante.

—Desde luego que no. Sólo espero que esas cabañas dispongan de dormitorios con dos camas.

—Pues no sé si...

—¿Y si no fuera así? —sonrió maliciosamente Stanton.

—Tendríamos que compartir la que hubiese —lo miró sorprendida ella—. Lo cual no sería un buen negocio para usted, señor Stanton.

Ray Stanton quedó atónito. No acertó a decir nada, pero, además, Gurley se le adelantó:

—Nada de «señor Stanton», señorita Marlowe. A partir de este momento, ustedes son Morgan y Lucille Conway, un matrimonio muy bien avenido y muy enamorados que han decidido tomarse unos días de vacaciones en Canadá. Pueden inventar cualquier pretexto, lo dejamos a su elección.

—Descuide. ¿Cuándo salimos?

Gurley miró su reloj, y reflexionó brevemente.

—Me gustaría que llegaseis allá de noche... Hacia las nueve y media o las diez. Así habrá menos gente que se fije en vosotros, al menos inicialmente, de tal modo que la mayoría de clientes del motel incluso pensarán que lleváis allí varios días. Por otra parte, eso nos dará margen a los demás para conseguir la máxima información posible.

—Todo de acuerdo. —Stanton se puso en pie, tomó el sobre y se acercó a la muchacha—. Cuando gustes, querida.

Ella se puso en pie, sonriendo.

—Cuando gustes tú, mi amor —dijo.

Ray Stanton miró a su jefe, y le guiñó un ojo.

—Caracoles, señor, cuando decida casarme de verdad le pediré que me busque la novia, tiene buena vista y buen gusto.

La flamante Lucille Conway sonrió encantadoramente.

—¿Verdad que mi maridito es delicioso? Sabe encontrar las palabras adecuadas para halagar a una mujer. ¡Y es tan guapo...!

—Buen viaje —rió el inspector Gurley.

CAPÍTULO II

—Señor y señora Conway —anotó el conserje del Cootes Motel—. Muy bien. ¿Estarán ustedes aquí muchos días?

—Alrededor de una semana —dijo el señor Conway, muy serio e impresionante—. Pero si nos vamos antes, pagaremos una semana, si es preciso.

—Entendido. Les deseo una feliz estancia.

La señora Conway, que parecía mucho más simpática que su marido, sonrió encantadoramente.

—Gracias. Oh, por favor..., ¿querrá comunicarnos dentro de unos minutos con el señor Sherman?

El conserje parpadeó, y ambos vieron en sus ojos la expresión de renovado interés hacia ellos.

—Lo haré con gusto, cuando calcule que ustedes están en su cabaña.

—Estupendo. ¿Vamos, mi amor?

—Esperen, llamaré a alguien para que les lleve sus maletas a la...

—No se moleste —sonrió dulcísicamente la señora Conway—, mi marido es muy fuerte, y a estas horas no nos gusta molestar a nadie.

—No es molest...

—Lo haré yo —cortó el señor Conway.

La señora Conway tomó la llave, escuchó las indicaciones sobre la ubicación de la cabaña número dieciocho, y se dirigió hacia la puerta ante la cual esperaba el llamado Morgan Conway, con una maleta en cada mano. Ella, en cambio, sólo llevaba lo que parecía un portafolios negro.

Se disponían a salir los dos de la cabaña-conserjería, cuando un hombre asomó la cabeza, con gesto enfurruñado.

—Hey, Joe Pete —gruñó—, ¿ha aparecido mi anclote o no?

—No, señor Sparrow, lo siento, mañana lo buscaré mejor.

—Nada de eso —volvió a gruñir el llamado Sparrow—, mañana yo compraré otro anclote, y, ciertamente, le pasaré la factura al motel a deducir de mi hospedaje. ¿Está claro?

—Bueno, señor Sparrow, yo creo que con un poco de paciencia...

—Ni paciencia ni narices. No puedo estar sin anclote... conqué o tengo a primera hora un anclote, o ya sabe. Si no tengo...

—Caballero —sonrió la señora Conway—, ¿por qué no entra usted del todo? Tendrá menos frío.

—Oh, no tengo frío —sonrió el hombre.

—Le admiro a usted. Y le prometo recordarle mientras me caliente en mi cabaña, junto al fuego o algo así.

—Caramba —el señor Sparrow miró de reojo al gigantesco acompañante de tan simpática muchacha—. Bueno, es usted muy amable, señora.

—Gracias. Pero sucede una cosa: no podré llegar a mi cabaña si usted no nos permite pasar.

—Oh... ¡Oh! —Enrojeció Sparrow—. Lo siento, perdonen...

Se apartó, y los señores Conway salieron, sonriendo ella, impávido él, espectacularmente alto y ancho, con un abrigo de lana que parecía nuevo. Llegaron a la cabaña en pocos segundos, entraron, ella cerró la puerta, y él fue a dejar las maletas al dormitorio. Las dejó sobre una de las dos camas, y la señora Conway procedió a abrirlas y a pasar su contenido al armario, con gran meticulosidad y orden. Mientras tanto, el señor Conway revisaba con no menos meticulosidad el dormitorio y luego hizo lo mismo con el saloncito de la entrada con la pequeña cocina, el cuarto de baño...

Cuando regresó al dormitorio, Lucy Conway acababa de colocar allí las cosas de ambos.

—No hay nada —dijo él.

—Hay dos camas —sonrió ella.

Morgan Conway se limitó a sonreír apenas, como si le costase un tremendo esfuerzo. Miró su reloj, y dijo:

—Esperemos que ese señor Sherman no tarde en llegar. ¿Sabes algo de él?

—Ni palabra. ¿Has visto qué cara ha puesto el conserje cuando

lo hemos mencionado? Seguramente tiene instrucciones de la policía al respecto.

—Seguramente —asintió él—. Es de suponer que se ha hecho un trato entre la policía de aquí y los nuestros.

Ella alzó las cejas un tanto asombrada..., y entonces sonó la llamada a la puerta.

—Yo iré —dijo él.

Salió del dormitorio, y ella le siguió, mirando con gran atención hacia la puerta. Morgan Conway la abrió, dejando visibles a tres hombres en el porche.

El que estaba más adelantado, murmuró:

—Buenas noches. Soy Preston Sherman.

Morgan se apartó y entraron los tres. Cerró la puerta, y señaló a Lucille:

—Mi esposa —presentó—, yo soy Morgan Conway.

—¿Cómo está, señora Conway? —saludó Sherman.

—Muy bien, gracias. ¿Y ustedes?

Los dos hombres que había detrás de Sherman miraban a Lucille Conway con expresión entre divertida y sorprendida. Se limitaron a mover la cabeza afirmativamente, y ella les dirigió una cariñosísima sonrisa.

—Estos dos caballeros —señaló Sherman— pertenecen a...

—No me lo diga —cortó Lucy.

—¿Perdón? No comprendo...

—Quiero decir que ya lo sé, señor Sherman. En cambio, no sabemos nada sobre usted. ¿Quién es? Pero siéntese, por favor... Siéntense todos.

La señora Conway parecía prestar más atención a Preston Sherman que a los otros dos.

—Soy el jefe del Departamento Estratégico Internacional —dijo—. Y supongo que ustedes han oído hablar de ese departamento.

—El DEI, sí. Es decir, que usted es..., era el jefe de Robert Delaney y Maxwell Pyne. Y supongo que debería estar usted en Washington, señor Sherman.

—Dos de mis hombres han sido asesinados —murmuró Sherman—. Y si hacemos caso de las apariencias, me alegro de ello.

Ni el señor ni la señora Conway se alteraron.

—¿Se alegra de que le hayan asesinado a dos colaboradores? —

susurró ella—. ¿Por qué, señor Sherman?

—Según todas las evidencias, eran unos traidores.

—Ya. Bueno, será mejor que nos lo explique usted todo.

—Sí. Bueno, ahorraremos los detalles hasta que me avisaron, una vez Robert y Maxwell fueron identificados. A partir de ese momento, se ha procedido a ciertas averiguaciones que han dado un resultado... inquietante, y que ratifica mi opinión de que Pyne y Delaney eran unos traidores. Hemos sabido que uno de los clientes de este motel se llama Pierre Deschamps, y que se marchó anoche, sin despedirse ni dejar rastro.

—¿Y...?

—Pierre Deschamps es el nombre canadiense que utiliza un agente ruso residente en Ottawa, y cuyo verdadero nombre, según los ficheros, es Andrei Gorav.

—¿Usted piensa que fue Andrei Gorav quien asesinó a sus dos colaboradores, señor Sherman?

—Sí. Luego abandonó el motel a toda prisa. Hemos encontrado su nombre, sin embargo, en el registro del motel... Quiero decir, el nombre de Pierre Deschamps, que como les digo, es el que utiliza Andrei Gorav en Ottawa.

—Pues no me parece demasiado inteligente ese ruso —opinó la señora Conway—. ¿Qué dices tú, mi amor?

—Estoy de acuerdo, querida. Pero será mejor que esperemos a que el señor Sherman nos lo explique todo.

—Eso es cierto. Siga, señor Sherman, por favor.

—Bien... Les voy a decir lo que pensamos respecto a lo sucedido, todos los que hasta ahora hemos intervenido en esto. Luego, según entiendo, y merced a diversos acuerdos, todos deberemos... desaparecer de escena, y dejarles a ustedes todo el asunto. ¿Correcto?

—Sí.

—De acuerdo entonces. Veamos... Según pensamos, ocurrió lo siguiente: Pyne y Delaney consiguieron ponerse en contacto con el ruso, con el que se hospedó aquí con el nombre de Pierre Deschamps, y que en realidad se llama Andrei Gorav..., al cual, por cierto, lo están buscando los compañeros de ustedes en Ottawa y otros sitios... ¿Deben dejar de buscarlo?

—De ninguna manera —negó Lucy Conway—. ¿Verdad, mi

amor?

—Que sigan buscándolo —dijo Morgan Conway—, pero que no hagan nada cuando lo encuentren..., si es que lo encuentran. Que nos avisen a nosotros, simplemente.

—Se tendrá en cuenta —dijo uno de los dos hombres que hasta entonces no había abierto la boca.

Asentimiento general. En seguida, Sherman prosiguió:

—Como les decía, Pyne y Delaney se pusieron en contacto con ese ruso, y, evidentemente, le propusieron la venta de ciertos planos del DEI que están clasificados como ultrasecretos...

—¿De qué tratan esos planos? —preguntó Lucy.

—He dicho ultrasecretos, señora Conway.

—Oh... Entiendo. Ni siquiera mi marido y yo podemos saber de qué tratan.

—Lo lamento, tiene que bastarles saber que son altamente comprometedores para la seguridad de Estados Unidos a escala internacional.

—Está bien. ¿Por qué cree usted que sus amigos les iban a vender esos planos al agente ruso?

—Encontramos en la chimenea un trozo de plano que no se había quemado. He conseguido quedármelo, y, naturalmente, reconocí el tema de ese plano, que ha pasado por mis manos en dos ocasiones. No me cabe la menor duda de que se trata de una parte de los planos

WW-307...

Ése es el nombre con que los tenemos clasificados en el DEI. Y por supuesto, si esa parte de plano a medio quemar corresponde a los llamados

WW-307,

no podíamos pensar otra cosa sino que todo el conjunto

WW-307

fue traído aquí por Pyne y Delaney. Así que llamé a Washington, al DEI, se buscaron esos planos en los archivos..., y no estaban.

—Entonces, parece que no cabe duda de que sus dos compañeros de servicio los robaron —musitó Lucy—. ¿Y por qué cree usted que luego los quemaron?

—Ésta es mi teoría, que sus compañeros comparten: Delaney y Pyne citaron aquí, en este motel, a Pierre Deschamps, o sea, Andrei

Gorav. Éste fue a la cabaña de ellos, que esperaban cobrar el precio convenido por los

WW-307.

Pero Andrei Gorav los mató, microfotografiando los planos y echando los originales al fuego, y se marchó. En lugar de pagarles lo convenido, los mató.

Los señores Conway cambiaron una mirada, y él dijo, secamente:

—Ese ruso debe ser un retrasado mental.

—¿Por qué? —se sorprendió Sherman.

—Si yo hubiese hecho una cosa así, en primer lugar no me habría inscrito en este motel con el nombre de Pierre Deschamps, ni mucho menos, claro, con el de Andrei Gorav. Cualquier otro nombre hubiese servido.

—Tenga en cuenta que Andrei Gorav no tenía por qué saber que en Ottawa estaba identificado...

La señora Conway soltó una risita.

—Vamos, vamos, señor Sherman... ¿Está hablando en serio? Esa clase de ingenuidad ya no existe.

—Y otra cosa —remachó Morgan Conway—, ¿por qué molestarse y perder tiempo en quemar los planos después de microfotografiarlos, pudiendo llevarse tranquilamente los originales?

Preston Sherman estaba estupefacto, con la boca entreabierta por el gesto de pasmo.

—Vaya —masculló de pronto—. Bueno, no sé...

—Claro que —añadió el señor Conway— todo puede haber sido una maniobra preparada de antemano y con mucho tiempo por los rusos, de tal modo que nosotros nos volvemos locos buscando a Andrei Gorav... que debe haber desaparecido de la faz del planeta.

—¿Quiere decir que los rusos han utilizado a Gorav..., y que después... lo han eliminado?

—Qué tontería —farfulló Lucy—. Lo que quiere decir mi marido es que Andrei Gorav, en todo caso, debe estar ya en Moscú, y que jamás será localizado por nosotros. Nos lo pusieron delante de las narices, nos confiamos precisamente al tenerlo tan bien identificado y localizado, y, en un descuido, ¡zas!, Andrei Gorav hace su trabajo y desaparece. ¿Qué les importa a los rusos que nosotros estemos

buscando a Andrei Gorav o a Pierre Deschamps? Seguramente, los dos nombres son falsos, pero nos han dejado esa pista para que perdamos el tiempo con ella y reírse un poco a costa nuestra. ¿Estás de acuerdo, mi amor?

—No tengo más remedio, salvo que todos admitamos que Andrei Gorav es un imbécil. Y la MVD no utiliza imbéciles.

—Entonces —musitó roncamente Sherman—, ¿quiere eso decir que jamás encontraremos ese microfilme que él tomó de los WW-307?

—Vamos, señor Sherman —masculló ahora Morgan Conway—. ¿De verdad tenía la esperanza de recuperar esos planos?

—Yo creo —dijo uno de los dos hombres que tan discretamente habían permanecido callados hasta entonces— que en efecto, al colega Andrei Gorav ya no hay manera de alcanzarle, pues huyó tan de prisa que hasta se dejó la puerta abierta. Pero en el motel...

—Un momento —cortó Morgan Conway—. ¿Qué dice usted de una puerta abierta?

—He dicho que Pierre Deschamps, o Andrei Gorav, huyó tan rápidamente que se dejó abierta la puerta de la cabaña.

—¿De su cabaña?

—No, no... De la cabaña de los señores Pyne y Delaney. Así fue encontrada por el conserje.

—¿Encontraron abierta la puerta de la cabaña nueve? —Alzó las cejas la señora Conway.

—Sí... Sí, así fue. Alguien protestó de que la televisión estaba a demasiado volumen, avisó al conserje, éste telefoneó, y como el teléfono de Pyne y Delaney no contestaba, fue allá. Encontró abierta la puerta, entró y los vio a los dos, muertos.

—¿Y la televisión funcionando... con el volumen del sonido demasiado alto?

—Sí... Bueno, seguramente a la hora en que los mataron no parecía tan alto, pero luego, a medida que se fue haciendo más tarde, y los vecinos de la cabaña se fueron acostando, había cada vez más silencio, y claro..., el sonido del televisor de su cabaña resultaba entonces demasiado alto.

—Decididamente, Andrei Gorav es un cretino —suspiró la señora Conway.

—¿Por qué dice eso... ahora?

—Mi esposa —intervino Morgan Conway—. Está diciendo que si ella hubiese asesinado a Delaney y Pyne, no sólo habría cerrado la puerta al marcharse y apagado el televisor, sino que, habiendo hecho esto, se habría marchado a la mañana siguiente, quizá, con toda tranquilidad. O, en todo caso, se habría marchado aquella misma noche, pero con más holgura de tiempo... Porque no cabe duda de que si el asesino hubiese apagado el televisor y cerrado la puerta, quizá a estas horas todavía no se habría descubierto el doble asesinato.

—¿Y eso qué quiere decir? —tartamudeó Preston Sherman.

—Pues, según entendemos mi esposa y yo, parece que el asesino tenía interés en que los cadáveres fuesen hallados pronto... Lo cual es una imbecilidad más..., al menos, aparentemente, ya que cuanto más tiempo se tardase en encontrarlos más lejos estaría el asesino... ¿Por qué permitir que los cadáveres fuesen vistos apenas dos o tres horas después del asesinato?

—Eso —se asombró Sherman—. ¿Por qué?

—Indudablemente, porque le convenía así a Andrei Gorav... Pero no me pregunte ahora por qué le convenía.

—¡Pero eso es absurdo! —Casi gritó Sherman.

—Cálmense todos —alzó las manitas Lucy Conway—. Las cosas se están poniendo de tal modo que quizá todavía tengamos alguna posibilidad en este extraño asunto. ¿Qué estaba usted diciendo antes?

El hombre que se había visto interrumpido, sonrió ampliamente.

—Creo que decía que Gorav huyó tan rápidamente que hasta se dejó la puerta abierta. Pero en el motel, iba a decir también, hay otro personaje que puede interesarnos profundamente..., señora Conway.

—¿Quién es ese personaje?

—Un tal Antoin Leduc.

—¿Lo conocemos de algo? ¿También vivía en Ottawa, o...?

—No. Por el momento, no sabemos nada de él, excepto que ha desaparecido. Como ya saben ustedes, hemos investigado a todos los huéspedes del motel, y por ese canal hemos llegado a la personalidad de Andrei Gorav, que se marchó, según parece, anoche mismo, después de cometer los asesinatos. Pero, también falta del motel este otro huésped, Antoin Leduc. Lo único que sabemos de él

es que no ha sido visto en todo el día de hoy... Ayer tarde fue al centro de la ciudad a comprar rollos de fotografías, según parece. Es un... anciano muy simpático, que se dedica a fotografiar las aves lacustres, y que dice que va a escribir un libro sobre ellas. No está en el motel.

—Bueno... Quizá se quedó en el centro de la ciudad, o...

—Su coche sí está en el motel. Parece que regresó. El coche está delante del embarcadero de la laguna.

—Regresó..., pero no aparece por parte alguna.

—No.

—Quizá salió en una barca, de madrugada, y se cayó al lago y se ahogó...

—No falta ninguna barca. Todas están en el embarcadero.

—Pero falta un anclote —susurró la señora Conway.

—¿Qué...?

—Un anclote. Ya sabe: una de esas anclas pequeñas que llevan las embarcaciones menores.

—Demonios, ya sé lo que es un anclote —se mosqueó el otro.

Lucy Conway asintió con la cabeza, y permaneció unos segundos pensativa. Por fin, preguntó:

—¿Recuerdan algo más que les parezca interesante?

—Yo diría que hasta un poco... insultante, la verdad —dijo el compañero del último en hablar.

—¿Insultante?

—Esta tarde, hacia las cinco, llegó un matrimonio joven al motel. De momento, puesto que habíamos sido advertidos, pensamos que eran ustedes. Pero no, porque no pidieron ver al señor Sherman. De todos modos, es un matrimonio muy simpático.

—¡No sabía nada de esto! —protestó Sherman.

—Y, además, ¿qué tiene de insultante que llegue otro matrimonio joven al motel? —se sorprendió Lucy.

—A mí me huelen a rusos como de aquí a la Patagonia.

El silencio cayó sobre los reunidos como una losa gigantesca de granito. Hasta que Lucy murmuró:

—¿Quiere decir que ese matrimonio son rusos?

—Apostaría el pescuezo. Han firmado con los nombres de Jacques y Marie Massart, de Ottawa. Están en la cabaña número cuatro.

—¿Y a qué se dedican, qué han hecho durante esta tarde desde que llegaron?

—Nada. Se han encerrado en su cabaña, y allí siguen, supongo.

—Quizá estén de luna de miel —deslizó fríamente Morgan Conway.

—Pues son tontos. Si yo hiciera un viaje de luna de miel partiendo de Ottawa, iría a Niágara Falls... Es mucho más bonito que esto, y está más cerca de Ottawa.

—Nosotros hemos venido aquí —sonrió Lucy.

—A buscar algo —sonrió el otro—. Por eso pienso que ellos también han venido a buscar algo..., que no podrían encontrar en Niágara Falls.

Preston Sherman iba mirando de uno a otro, al parecer sin comprender nada. Por fin, se dio un manotazo en una pierna, y exclamó:

—¡Si ese matrimonio es ruso, podríamos...!

—Buenas noches —dijo Lucy Conway.

—¿Qué..., qué..., qué...?

—Ha dicho buenas noches —los otros dos se pusieron en pie, sonriendo—. Buenas noches..., señora Conway. ¿Vamos, señor Sherman?

—Pe-pero no..., no podemos marcharnos ahora. ¡Hay todavía mucho de qué hablar!

—Todo está hablado —dijo uno de los otros dos—. Los señores Conway se encargarán del matrimonio ruso, usted regresará a Washington, y nosotros nos procuraremos equipo adecuado para bajar al fondo del lago en busca de un anclote perdido... ¿Le parece bien, señora Conway?

—Perfecto —sonrió ella—. Adiós, señor Sherman.

—Pe-pe-pero..., pero...

Los dos hombres que le acompañaban guiñaron un ojo a la señora Conway, asieron a Sherman uno por cada brazo, y se dirigieron hacia la puerta. Segundos después, el señor y la señora Conway se hallaban a solas.

Ella encendió dos cigarrillos, le ofreció uno a él, y preguntó:

—¿A ti qué te parece?

—Me parece que los agentes rusos hace mucho tiempo que dejaron de chuparse el dedo.

—Pues ahora parece que se lo estén chupando de nuevo. ¿Te parece que son tontos de verdad?

—Eso es lo último que nosotros podemos pensar. En este juego no intervienen tontos.

—Pero lo parecen. Un agente llamado Gorav llega aquí, mata a dos norteamericanos, microfotografiando unos planos y luego los quema y se marcha a toda velocidad, dejando la puerta abierta y el televisor funcionando a demasiado volumen, de modo que los cadáveres son encontrados unas dos horas después. Esto, de por sí, es una imbecilidad, en un hombre que le interesa disponer del máximo tiempo posible para escapar. Luego, unas veinte horas más tarde, llega un matrimonio que, al parecer, está compuesto por agentes rusos. Asombrosa coincidencia. Y por último, ha desaparecido un anciano que se dedicaba a fotografiar aves lacustres.

—Hay algo que no encaja. Me gustaría echar un vistazo a la cabaña de ese anciano. Y no te digo nada a la cabaña de los Massart. Pero si esos Massart están vigilando, y ven alguna luz en la cabaña del anciano, sabrían demasiado sobre nosotros. Creo que será mejor esperar a mañana. Como tenemos al conserje de nuestra parte, mañana podemos hacer las cosas con relativa tranquilidad. Uno de nosotros distraerá a los Massart si es necesario, y el otro irá a la cabaña del viejo. ¿Vale?

—Por mí, vale.

—Pues vamos a dormir. Caramba, menos mal que hay dos camas.

—Pero una sola habitación.

—¿Qué importa? —sonrió Conway-Stanton—. Los dos somos personas serias... ¿O no?

—Yo, sí.

—Yo también, qué demonios.

—En tal caso, señor Stanton, no le...

—Morgan —cortó el

G-man

—. Morgan, querida.

—Oh, sí. Decía, querido Morgan, que no te importará que yo me ponga en la cama en primer lugar, después de cambiarme.

—Okay, querida, acuéstate. Espero no equivocarme de cama al

acostarme.

—Recuerda lo del ojo a la funerala —rió ella.

Entró en el dormitorio, se desnudó, se puso un pijamita que era un encanto, y se metió en la cama.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente, el asombro cundió entre los huéspedes del Cootes Motel.

Habían llegado unos locos.

Tres locos, concretamente. Llegaron en una camioneta, hablaron con Joe Pete, el conserje, y luego se fueron los cuatro hacia la laguna. Allí junto al embarcadero, comenzaron a descargar un equipo que durante unos segundos mantuvo atónitos a los pocos huéspedes que, de momento, presenciaban el extraordinario acontecimiento: eran trajes de goma para bucear, tubos de aire, lentes, linternas...

Desde una de las ventanas de su cabaña, la señora Conway miraba hacia el grupo de personas que se iba formando ante el embarcadero y, de cuando en cuando, se ladeaba, para echar un vistazo en dirección a la cabaña número cuatro, que estaba a su derecha, casi al principio de la hilera de los pares.

Desde el dormitorio, llegaba el rumor de la maquinilla de afeitar eléctrica, y ella se volvió hacia allí.

—Ya han llegado los hombres-rana —dijo.

La maquinilla continuó oyéndose. Pero poco después, el señor Conway apareció en el saloncito, ya completamente afeitado, peinado, poniéndose un grueso jersey oscuro. Se colocó junto a ella, miró hacia la laguna, y asintió con la cabeza.

—¿Crees que encontrarán algo?

—No sé. Pero no podemos dejar escapar ningún detalle.

—Para ser nueva, eres muy lista, tengo que admitirlo. Bueno, quiero decir que sabes razonar, tienes una mente rápida... Y, además, en efecto, no roncas.

—No todo han de ser defectos —rió ella.

—Lo de los codazos y rodillazos..., ¿es verdad?

—Señor Conway, si está... tanteando el terreno para comprobar

eso, pierde el tiempo.

—Me lo temía. ¿Quién prepara el desayuno?

—Si me relevas aquí, lo haré yo. No creo que nuestros vecinos, los Massart, tarden mucho en aparecer para meter sus narices en lo que ocurre en la laguna.

—Me quedaré yo aquí.

Ella estuvo unos segundos mirándole fijamente. De pronto, se apartó, y fue hacia la pequeña cocina, donde se suponía que debían encontrar algunos víveres.

Había víveres, desde luego, pero por el modo en que arrugó la naricilla, no parecieron muy del agrado de la señora Conway. Encogió los hombros, y decidió sacar partido del «material» que tenía a su disposición. Cortó a pequeños trocitos dos lonchas de bacon, batió cuatro huevos, puso una sartén al fuego...

Cuando minutos después estaba contemplando la tortilla movía negativamente la cabeza.

«Qué horror —pensó—. Parece una cosa rara pisoteada».

La camufló del mejor modo posible, partiéndola en varios trozos y colocándola entre rebanadas de pan de molde cuadrado. Luego llenó dos vasos de leche, lo puso todo en una bandeja, y regresó al saloncito.

—*Voilà le petit déjeter!*

—Tráemelo.

Llevó la bandeja junto a la ventana dejándola sobre una mesita tras quitar de ésta el búcaro con flores artificiales. El señor Conway, sin dejar de mirar hacia el exterior, tomó uno de los bocadillos y se lo metió entero en la boca, impávido.

—¿Está bueno? —murmuró Lucy.

—Exquisito, huevos medio quemados y mezclados con bacon... Exquisito.

—Eres un antipático.

Morgan Conway la miró, sonrió, tomó otro bocadillo, y lo engulló con la misma facilidad que el anterior. Luego, señalando hacia el embarcadero, dijo:

—Tengo una noticia para ti.

Ella miró hacia allá, y vio a la pareja que se acercaba al embarcadero, abrazados por la cintura. Parecían jóvenes, y ambos eran de buena estatura, elegantes en su atuendo deportivo de

abrigo. El cabello de la mujer era rubio, casi rojizo.

—¿Son ellos?

—Han salido de la cabaña cuatro... Como lobos hambrientos al olor de la carne.

—¿No te parece una estupidez que hayan enviado a dos agentes si ya tienen esos planos llamados

WW-307?

—Sí..., si ya tienen los planos. Y si no los tienen, cabe preguntarse qué pasó realmente y qué buscan esos dos aquí, ya que dudo mucho que esperen encontrar los planos como quien encuentra una seta en el campo. ¿No hay café?

—No. Tendremos que salir luego, para comprar las cosas que nos gustan. Aunque bien mirado, esta tortilla no está del todo mal.

—Podrías dedicarte a cocinera... Ya han llegado al embarcadero, y, naturalmente, están dispuestos a hacer todas las preguntas del mundo. Bien..., ¿cuál de los dos se encarga de ellos?

—Tú.

Morgan Conway miró a su esposa, casi sonrió y movió negativamente la cabeza.

—Lo harás tú, por dos motivos, querida. Uno, que tienes muchísima más facilidad que yo para tratar a la gente y resultar simpática... ¿Cierto?

—Parece que sí. ¿Y dos?

—Dos, que por charlar no te va a ocurrir nada, y, en cambio..., ¿quién sabe lo que puede pasar en la cabaña de Pierre Leduc?

—¿Por qué siempre has de tener razón? —Frunció graciosamente el ceño Lucille.

—El se bebió el vaso de leche, parpadeó, encogió los hombros, y volvió a señalar hacia el embarcadero.

—Tienes que impedir que se muevan de ahí por lo menos durante diez minutos. Yo entraré en la cabaña de Leduc por la puerta de la cocina, por atrás.

—Está bien —ella acabó de tragar un bocado y refunfuñó—: ¿Estás seguro de que el desayuno es exquisito?

El se limitó a mirarla, impávido. Lucy volvió a refunfuñar algo, retiró la bandeja, fue a mirarse al espejo, y luego, de lo que parecía un portafolios forrado de negro, sacó una pistolita, que se metió en el bolsillo del grueso chaquetón que tomó del armario.

Salió del dormitorio, cruzó el saloncito sin mirar a su marido, y salió de la cabaña. Cuando cruzaba el porche, las miradas de ambos se encontraron. Ella sonrió, él permaneció tan inexpresivo como un pedrusco.

Con las manos metidas en los bolsillos del chaquetón, la señora Conway se dirigió hacia el embarcadero, notando en su rostro el frío de la mañana...

—Buenos días —saludó al llegar junto a un grupo de curiosos—. ¿Qué están haciendo?

—Se van a meter en el lago —dijo un hombre señalando a los «ranas», que estaban terminando de equiparse.

—¡Brrr...! —exclamó graciosamente la señora Conway, estremeciéndose—. ¡Pues ya son ganas de pescar! Se supone que debe haber unos peces fabulosos en este lago, ¿no?

—No van a pescar —explicó amablemente el hombre—, creo que se trata de alguna investigación científica.

—Ah... Pues podrían esperar al verano, digo yo.

El hombre sonrió, y ella hizo lo mismo. Se separó de él, acercándose con toda naturalidad hacia donde estaba el matrimonio que se suponía compuesto por agentes rusos. El era muy agradable, y ella tenía una carita de niña bonita y dulce. Naturalmente, se las habían arreglado para colocarse junto al conserje, al cual le estaban haciendo preguntas, que el hombre no sabía contestar..., o no quería hacerlo, siguiendo instrucciones.

—Hola —saludó Lucy Conway—. Vaya, es usted todo un gran conserje, Joe Pete.

Los tres la miraron. Los rusos, expectantes; el conserje, desconcertado.

—Buenos días, señora Conway... ¿Por qué dice eso?

—¿No ha contratado usted a estos hombres para que busquen el anclote que perdió el señor Sparrow?

Joe Pete quedó estupefacto. Luego se echó a reír.

—¡Desde luego que no! —exclamó—. ¡Semejante operación resultaría mucho más costosa que comprarle un anclote nuevo al señor Sparrow!

—Eso pensaba yo. Era una broma, porque me han dicho que son investigadores científicos. Hola —repitió, mirando sonriente a los Massart—. ¿Qué tal? Soy Lucy Conway, de la dieciocho.

—Jacques Massart —se presentó el hombre, sonriendo—. Ella es Marie, mi esposa. De la cuatro.

—Mucho gusto. No les doy la mano porque si la saco del bolsillo me quedará congelada. ¡Los admiro!

—¿A nosotros? —Se pasmó Jacques Massart.

—¡No! —rió Lucy—. ¡A esos buceadores! Hace falta valor para meterse en ese charco en un día como hoy, ¿no les parece?

—En efecto —sonrió Marie Massart—. Bien seguro que yo no me metería en el agua por nada del mundo.

—Los científicos están un poco locos —aseguró la señora Conway—. Claro que, a lo mejor, están dispuestos a encontrar algo muy importante.

—¿Muy importante, en esta laguna? —Se mostró escéptico Jacques Massart—. ¿Cómo qué, por ejemplo?

—Pues no sé. Quizá esperan encontrar un monstruo como el del lago Ness.

—¡Aquí no hay monstruos! —Respingó Joe Pete.

Los Massart y la señora Conway se echaron a reír, y el conserje frunció el ceño, mosqueado. Murmuró una disculpa, y se alejó hacia los tres hombres-rana, que se estaban ayudando unos a otros a colocarse los tubos de aire a la espalda. Finalizada esta operación, estarían listos para sumergirse..., en aquellas aguas heladas, en un día gris, frío, húmedo. Naturalmente, la señora Conway sabía que aquellos tres hombres eran auténticos expertos, maestros en la especialidad de bucear en cualquier tiempo y condiciones, pero no por ello dejó de recriminarse haber tenido la idea de ordenar tal cosa...

—Me gustaría saber qué esperan encontrar realmente —dijo Marie Massart—. Por lo que tengo entendido, en esta laguna sólo hay peces pequeños, lodo, aquellos cañaverales y patos, o algo así... Y eso, en verano.

—Oh, siempre quedan algunos en invierno. De todos modos, claro, no creo que busquen patos. Ni peces pequeños. En cuanto a lo del monstruo, me parece que podemos descartarlo por completo, ¿verdad?

Los Massart rieron, mirándola con simpatía. Por el momento no desconfiaban de ella. Pero Lucy Conway sabía que cambiarían de opinión cuando el señor Conway se reuniese con ellos. Y quizá,

hasta les hiciese gracia que los americanos hubiesen enviado también una pareja de agentes al motel. Porque si eran agentes rusos, pensarían esto, sin lugar a dudas... A menos que todos los rusos que estaban interviniendo en aquello fuesen unos completos imbéciles.

—¿Ha visto usted al monstruo del lago Ness? —continuó riendo Marie Massart.

—Oh, no... ¡Santo cielo, no! ¡Me moriría del susto! ¿Ustedes sí lo han visto?

—Me parece que no lo ha visto nadie —volvió a reír Jacques Massart—. Pero de algo se ha de hablar cuando no se tiene tema. Bueno, ya van a meterse en el agua.

—Mientras no los tengamos que sacar de ahí convertidos en carámbanos...

Quedaron silenciosos los tres, mirando a los tres «ranas», que se iban introduciendo en la laguna, caminando despacio.

—Me gustaría hablar luego con ellos —dijo Marie Massart, de pronto—. Debemos suponer que están buscando algo interesante.

—Toda investigación científica es interesante —aceptó la señora Conway—. Pero ¿sabe usted, señora Massart?, esta clase de gente son muy reservados. La verdad, me sorprendería mucho que nos explicasen nada al respecto. ¿Tienen ustedes coche?

—Sí..., claro. Llegamos en coche.

—Oh, magnifico. Nosotros llegamos en un bus desde Niágara, así que no tenemos coche. Me estaba preguntando si ustedes serían tan amables de llevarnos al centro para alquilar uno.

—Lo haremos con mucho gusto, desde luego.

—También vamos a comprar un magnetófono a cassettes, y algunas de éstas con música... ¿Tienen ustedes niños?

—No... Por ahora, no.

—Nosotros tampoco. Pero nos gustaría tanto... Mientras los esperamos, nos divertimos lo que podemos, vamos de un lado a otro. ¿Les gustaría venir a nuestra cabaña más tarde, a escuchar música?

—Pues...

—A nosotros nos encanta la música, pero nos dejamos el otro aparato en Niágara Falls... ¿Han estado ustedes alguna vez allá?

—Sí, sí.

—¿Y han visitado las cataratas? Quiero decir por debajo, con los impermeables, las botas..., todo eso.

—Sí, sí. Estuvimos allá hace unos meses. Y otra vez, antes, cuando nos casamos.

—Oh... ¿Hace mucho que están casados?

—Tres años —dijo rápidamente Marie.

—¿Y ustedes? —sonrió Massart.

—Pues... Déjeme recordar, vamos a ver... Aquello sucedió en el sesenta y seis, y estamos en el setenta y tres... Siete años, ¿no?

—No falla —rió Jacques.

—Las matemáticas son formidables —rió también Lucy—. ¿Son ustedes canadienses, claro?

—Sí, canadienses. Y ustedes son norteamericanos, según parece.

—De la mismísima Nueva York, esa horrenda ciudad. Cualquiera día nos vamos a mudar a otra parte menos agobiante, y nos... Oh, por ahí llega Morgan.

Mientras decía esto último, la señora Conway miró de reojo a los Massart. Captó perfectamente sus expresiones. La de él, desde el primer momento, tuvo un claro matiz de expectación, y en seguida, de cautela, incluso de desconfianza. La de ella terminó también en desconfianza, pero siguiendo otro derrotero: la admiración ante el gigantesco Conway, cuyo rostro pétreo pareció impresionar no poco a la señora Massart.

—Querido —dijo Lucy—, te presento a Marie y Jacques Massart, que están en la cabaña cuatro. El es Morgan, mi marido.

—¿Qué tal? —sonrió Massart, tendiendo su diestra.

—Hola, encantado —murmuró Conway, tendiendo la suya.

Luego estrechó la de Marie Massart, que parecía como... un poco encogida, amedrentada.

—Les he pedido a los señores Massart que nos lleven al centro para alquilar el coche, mi amor —dijo Lucy—. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. Y agradecido... ¿Qué está pasando aquí? —señaló hacia la laguna.

—Científicos buscando marcianos en el fondo del lago —dijo rápidamente la señora Conway.

—Siempre con tus bromas —frunció el ceño Morgan, mientras los Massart reían—. De todos modos, no creo que nos importe lo que hagan otras personas. Podríamos ir ya al centro. Bueno —miró

a los Massart—, si ustedes están dispuestos, claro.

—Cuando gusten —dijo Marie—. Sólo tenemos que recoger una cosa en la cabaña. ¿Vamos hacia allá? Tenemos el coche delante.

Los cuatro dirigieron una última mirada a la laguna, y se dirigieron hacia la cabaña de los Massart, delante de la cual, en efecto, estaba su coche, de cuya matrícula, por supuesto, habrían tomado debida nota los fantasmagóricos colaboradores de los Conway. Éstos quedaron delante de la cabaña, junto al porche, mientras los Massart se disculpaban para ir a recoger algo.

—Van a conferenciar —sonrió deliciosamente Lucy—. Yo diría que hasta los has asustado, mi amor. De modo especial, a ella. Se ha quedado boquiabierta al verte. Yo diría...

—Antoin Leduc es ruso —cortó Morgan Conway.

—Ah. Naturalmente, estás seguro.

—He visto unos cuantos cuadernos en los que está escribiendo, en efecto, sobre aves lacustres. Escribe en inglés, pero, de cuando en cuando, como queriendo darle mayor fuerza expresiva a una frase descriptiva, pone una palabra o dos en ruso.

—Digamos —murmuró ella—, como si se encontrase más cómodo escribiendo en ruso y recurriendo a él cuando alguna explicación se le resiste en inglés.

—Exactamente. Ésa es la impresión que me ha dado. Por lo demás, nada interesante: ni armas, ni radio o algo parecido, ni documentos, aparte del que tiene a nombre de Antoin Leduc... Nada.

—¿Qué crees que debemos hacer?

—Se me ocurre que alguien podría entrar en un momento propicio en la cabaña de Leduc, conseguir unas cuantas huellas digitales de éste, y enviarlas a Washington. No se pierde nada, ¿verdad?

—No creo. Podríamos utilizar la radio de bolsillo para pasar esas instrucciones... Lo haré yo, desde la cabaña. Si salen los Massart antes de que yo regrese, diles que..., que se me ha soltado el sujetador y he ido a ponerme otro. Y aprovecharé para dejar allá la pistola.

CAPÍTULO IV

Regresaron poco después de las seis de la tarde; es decir, de la noche. Una noche helada, con frecuentes rachas de un aire tan frío, que la señora Conway lanzó un grito de espanto cuando salió del coche, delante de la cabaña dieciocho.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Me voy a morir de frío!

—Será mejor que entres —dijo Morgan—, yo me encargaré de los paquetes.

—Oh, sí... ¡Hasta luego!

—¡No te dejes acobardar por el frío! —le gritó Jacques—. ¡Recuerda que vamos a tomar unas copas en nuestra cabaña!

—Si las preparas tú, estamos listos —dijo Marie.

—¿Qué quieres decir? —Se volvió su marido hacia ella.

—Querido, no vamos a discutir, ¿verdad? Eres un completo fracaso preparando combinados, los dos lo sabemos muy bien. Estoy segura de que Morgan tiene más mano para ellos. ¿No es así, Morgan?

Se volvió en el asiento, hacia Morgan Conway, que estaba cargando con los paquetes en el asiento de atrás. Morgan encogió los hombros.

—No lo hago mal —admitió—. Mi especialidad es el Brooklyn..., pero no tenemos los ingredientes necesarios.

—¿Qué más da? Puedes preparar otro cualquiera... Por malo que sea, te quedará mejor que a Jacques.

—Caramba —refunfuñó éste—, no eres muy amable, Marie.

—Tonterías —rió ella—. ¡Por una vez que puedo tomar un buen combinado, no pienso perdérmelo! Y se me ocurre una idea: entra tú los paquetes de ellos, y Morgan y yo nos adelantamos a preparar ese combinado, el que sea... ¿Qué os parece?

—Por mí no hay inconveniente —dijo Morgan.

—Eso se llama darle «la patada» al marido —sonrió Jacques—.

Está bien, de acuerdo. Pasa al volante, Morgan. Yo le llevaré los paquetes a Lucy.

Morgan Conway pasó al volante del coche, y Jacques Massart comenzó a recoger los paquetes en el asiento de atrás...

—Será mejor que dejes aquí el magnetófono —dijo Marie—. Cuando lleguéis, tendréis música y todo.

—Una velada perfecta —refunfuñó Jacques—, excepto por un pequeño detalle: Lucy se va a helar de frío si va caminando desde aquí a nuestra cabaña.

—Oh... Bueno, eso también tiene solución, querido, cuando ella esté lista, llamas por teléfono a nuestra cabaña, y Morgan vendrá a recogeros.

—Mañana dejaremos de molestaros —dijo Morgan—, pero ya habéis visto que Lucy es muy caprichosa, ha preferido esperar a que mañana devuelvan uno de los coches que a ella le gustan antes de alquilar otro.

—No digas tonterías —se sorprendió Jacques, ya cargado con los paquetes—. ¿A quién estás molestando? Bueno, listo. Hasta ahora. Maldita sea, está empezando a llover...

Echó a correr hacia la cabaña, escapando por segundos a la súbita lluvia, finísima y densa, que comenzó a caer. La oscuridad pareció disolverse un poco en hilos de oro que formaba la lluvia al recibir la luz del alumbrado del recinto del motel.

—Pues a mí me gusta este tiempo —dijo Marie—. ¿Y a ti?

—A mí me es indiferente un tiempo que otro —replicó Morgan, poniendo en marcha el coche.

Marie Massart parpadeó, un poco desconcertada.

—Te he estado observando durante todo el día —murmuró—. Mientras íbamos de compras mientras almorzábamos, después cuando hemos estado en el cine... Yo diría que hemos pasado juntos un día delicioso, ¿no es verdad? Y, sin embargo, a ti todo parecía darte igual..., excepto tu mujer, hacia la que no se te ha pasado por alto ni una sola atención... Eres un hombre... extraño.

La distancia era tan corta que Morgan se permitió esperar a llegar ante la cabaña cuatro, frenar y apagar el motor, antes de mirar a Marie y responder:

—¿Soy extraño porque amo a mi mujer?

—Bueno... No es eso. Es que... parece como si en el mundo no

hubiese nada más que ella.

—¿Qué más hay? —replicó Morgan.

Marie Massart se irguió, como si acabase de recibir un golpe. Luego, sonrió, un tanto temblorosos los labios.

—Será mejor que entremos... ¿Coges tú el magnetófono?

Marie abrió la puerta, encendió la luz... Mientras cerraba la puerta, Morgan fue hacia la chimenea, y en menos de un minuto dejó el fuego en marcha. Por supuesto, había calefacción, pero un buen fuego en una buena chimenea no tiene igual. No sólo en calor, sino en grato ambiente.

—¿Vienes a la cocina o traigo las bebidas aquí?

—Mejor tráelas aquí.

—¿Te gusta el fuego?

—Tengo..., tenemos una chimenea mucho más grande que ésta en casa —susurró él—, y me paso horas y horas contemplando el fuego... Sí, me gusta...

—Pues tú pareces de hielo.

El no se molestó en responder. Acercó un sillón ante la chimenea, se sentó y se quedó contemplando cómo las pequeñas llamas de las primeras astillas se iban adhiriendo a los troncos más gruesos. Y al mismo tiempo, parecía que también sus ojos contenían dentro, diminuto, el mismo fuego, reflejándolo... Volvió la cabeza, vio a Marie de pie en el mismo sitio, mirándole, y alzó las cejas.

—¿Ocurre algo?

—No... No. Voy a por las botellas.

Morgan Conway no se movió ni siquiera cuando oyó regresar a Marie Massart. Ni cuando sus pasos se acercaron, hasta detenerse a un lado del sillón... Ni cuando una mano de ella, muy fría, se posó en su nuca, acariciándola, hundiendo los dedos entre los largos cabellos.

—No tenemos mucho tiempo —susurró ella—. Pueden volver en cualquier momento...

Entonces, sí, Morgan Conway se puso en pie, desprendiéndose de la mano que le acariciaba. Se quedó delante de Marie, mirándola con fijeza, duramente.

—De modo que habéis decidido pasar a la acción esta misma noche —musitó—. ¿No os parece un poco precipitado?

—No sé de qué hablas —ella le echó los brazos al cuello—. Lo

único que sé es lo que siento por ti, no puedo evitarlo... Sé que hago mal, pero te deseo tanto...

—¿Hasta qué Jacques llame por teléfono, no para decir que pasemos a buscarlos, sino para decirte lo que haya conseguido sacarle a mi mujer, sea como sea? Y entonces, seguramente, sacarás la pistola de debajo de tu falda, y me matarás. ¿Me deseas hasta ese momento? Es un truco demasiado viejo, Marie. Y vosotros dos, demasiado jóvenes, os habéis precipitado. Hay que tener más paciencia, más cautela. Las prisas, en nuestra profesión, nunca traen nada bueno.

—Te lo suplico —adelantó ella el rostro, alzándolo hacia el de Conway—. Te lo suplico: bésame... ¡Bésame una sola vez!

Morgan Conway alzó sus manos, asió con ellas las muñecas de Marie, y las apartó de su cuello, sin violencia, pero con una fuerza aterradora en comparación a la de Marie Massart, que lanzó un grito de rabia, y acabó de acercar velozmente su boca hacia la de Morgan. Éste giró la cabeza a un lado..., de modo que los dientes de la espía rusa se clavaron en su mejilla, en un mordisco feroz que quizá le habría arrancado un buen pedazo de carne a Morgan si éste, reaccionando con velocidad fulminante, no hubiese soltado una de las muñecas para lanzar un golpe con el canto de la mano contra la sien izquierda de Marie, que lanzó un grito, soltando en el acto su presa, y fue a caer de lado al suelo, delante mismo de la chimenea, cuyas llamas eran ya considerables, prendiendo en todos los troncos.

Y apenas llegar al suelo, Marie Massart se subió la falda de un tirón, introdujo la mano entre sus piernas...

Morgan Conway adelantó un paso, y al siguiente su pie derecho salió disparado, de lado, de modo que golpeó con la parte externa a Marie, en plena barbilla.

Eso fue todo.

Marie Massart cayó hacia atrás, con los ojos en blanco, fulminantemente desvanecida.

Luego corrió hacia la cocina, abrió la puerta de atrás, y salió a la fría noche henchida de lluvia cada vez más espesa, echando a correr, con velocidad que habría sorprendido a Marie Massart, hacia la cabaña número dieciocho...

En la cual, mientras tanto, Jacques Massart había dejado los

paquetes en la cocina, y caminaba hacia el dormitorio, en el cual había entrado la señora Conway.

La señora Conway apareció, ahora sólo con falda y aquel jersey azul, ceñido, que revelaba sus bellísimas formas. Alzó las cejas, sorprendida, pero en seguida sonrió.

—¿Eres tú, Jacques? ¿Qué pasa?

—Morgan ha ido con Marie a preparar unos combinados. Yo soy un desastre para esas cosas... Te he dejado los paquetes en la cocina.

—Oh, bien... Gracias. En seguida salgo y vamos para allá. Voy a ponerme un vestido más adecuado para tomar unos cócteles, ¿no te parece?

—No se trata de una fiesta de etiqueta —sonrió él—. Y por otra parte, no estarás más hermosa.

—Eres muy amable —rió Lucy—. En seguida estoy lista.

—Muy bien.

Esperó unos segundos, y luego, caminando sigilosamente, entró en el dormitorio. En efecto, había calculado el tiempo con toda exactitud: Lucille Conway se estaba quitando en aquel momento el jersey, por la cabeza, de modo que tenía los brazos alzados y cruzados, y la cabeza como metida en una bolsa... Llegó hasta ella, asió con una mano el extremo del jersey y dio un tirón, derribando a la señora Conway sobre la cama, sin posibilidades de ver y como si tuviese manos y brazos atados.

Lucy Conway sólo tuvo tiempo de lanzar un grito de sorpresa antes de oír la voz de Massart:

—Ni un grito, señora Conway. Ni un movimiento. ¿De acuerdo?

Ella permaneció inmóvil, como si de pronto se hubiese convertido en estatua. Su voz brotó tensa, asustada:

—Jacques, ¿qué..., qué pasa, qué haces...? ¡Suéltame!

—Dentro de un momento, querida.

—¡Suéltame! ¡No sé lo que pretendes, pero...!

Lanzó un gemido, al recibir en pleno vientre el feroz puñetazo, y se encogió debido al tremendo dolor. Aún tenía el primer gemido en los labios cuando Massart volvió a golpeará, en el mismo sitio, brutalmente... Lucille Conway quedó inmóvil, desmadejada, inerte sobre la cama.

Jacques Massart soltó entonces el jersey, y se irguió, mirando el

hermoso cuerpo retorcido sobre la cama. Podía ver perfectamente que la señora Conway no llevaba arma alguna.

—Sé que me estás oyendo —sonrió secamente—, así que vamos a ir directamente al asunto. ¿Qué estáis tramando los americanos aquí, en Canadá?

Lucy Conway no se movió, ni respondió. Massart frunció el ceño, amenazador.

—Vaya... Se ha desmayado de verdad —masculló—. Y no es tiempo lo que me sobra.

La movió, para colocarla adecuadamente, y asió el jersey por el borde, acabando de quitárselo, de modo que la señora Conway quedó ya definitivamente en sujetadores y pantaloncitos. Tiró el jersey a un lado, y, durante unos segundos, se quedó contemplando, atónito, la belleza de aquel cuerpo que parecía hecho de seda y oro... Sacudió la cabeza, se inclinó sobre ella, y se dispuso a darle unas palmadas en el rostro, para reanimarla.

No hizo falta.

Justo cuando estaba inclinada sobre ella, la señora Conway abrió los ojos, de pronto, y Massart respingó al verlos tan grandes y hermosos fijos en él.

Al mismo tiempo recibía, en plena barbilla, el tremendo golpe propinado con el canto de la mano por Lucille Conway. Jacques Massart sufrió no sólo los efectos del golpe, sino de la sorpresa ante la potencia del mismo, y salió disparado hacia atrás, chocando de espaldas contra el armario.

Salió rebotado, y él mismo aumentó el impulso para abalanzarse sobre la G-woman, pero ella había saltado ya de la cama, y el enfurecido Massart cayó de bruces en ésta, mientras Lucy corría hacia la puerta.

El falso canadiense se revolvió cada vez más furioso, salió en pos de ella y la vio ya cerca de la puerta, con la mano tendida hacia el pomo... Al parecer, a la señora Conway, pese a estar mucho menos abrigada que antes ya no la asustaba el frío del exterior. Pero no pudo salir. Massart se lanzó sobre ella en un largo salto, la asió por la cintura con ambos brazos, y ambos fueron rodando hasta chocar contra la puerta, y rebotar, de tal modo, que el hombre quedó encima, a horcajadas sobre el vientre femenino.

—¡Te voy a enseñar...! —jadeó.

La bofetada resonó fuertemente en la cabaña, y Lucy gimió agudamente, pero al mismo tiempo lanzó un zarpazo que alcanzó a Massart sobre un ojo, encima de la ceja; un poco más abajo, y los resultados habrían sido terribles para el espía soviético, que lanzó un rugido, alzó de nuevo la mano..., y Lucy giró hacia un lado, con tal fuerza y habilidad, que se lo quitó de encima, derribándolo. Se puso en pie velozmente, de nuevo intentó abrir la puerta..., y Massart la asió por los cabellos, y de un tirón la lanzó resbalando por el suelo hacia la puerta del dormitorio. Massart parecía enloquecido, quizá por la sangre que caía sobre su ojo izquierdo, cegándolo. Junto a la chimenea vio el atizador del fuego, saltó hacia allá, lo recogió y derribó de un puntapié en la espalda a Lucy cuando ésta una vez más intentaba escapar, ahora hacia el dormitorio... Sólo pudo caer de bruces, giró inmediatamente, alzando las manos y las piernas, como una gata dispuesta a luchar hasta el final. Vio a Massart, erguido junto a ella, con el hierro en alto, y sus ojos se desorbitaron por el miedo...

—¡Te voy a partir todos los hues...!

Plop, plop, plop, chascó una pistola con silenciador, detrás de Massart, en la puerta de la cocina...

Lucy estuvo unos segundos contemplando el cadáver de Jacques Massart, tendido de bruces... Luego miró hacia la puerta de la cocina, donde Morgan Conway estaba todavía con el brazo en alto, como dispuesto a seguir disparando, fija su mirada en el caído enemigo.

De pronto, él la miró y dijo:

—Será mejor que te pongas algo encima. Yo voy a ver si él lleva algo interesante.

Se arrodilló junto al cadáver, le dio la vuelta, y registró sus bolsillos... No llevaba nada que pudiese servirles de orientación.

Morgan se puso en pie, metiéndose la pistola en un bolsillo, y entró en el dormitorio. Lucy se había puesto ya un vestido de gruesa lana, de color azul, y se estaba poniendo los zapatos, sentada en el borde de su cama.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí. No has debido matarle.

—Observo que eres muy agradecida... Te habría roto la cabeza. Ella le miró, sonriendo débilmente.

—¿De verdad crees eso?

Morgan encogió los hombros.

—Puede que no lo hubiese conseguido, pero no vi motivos para correr el riesgo.

—Había buenos motivos. Efectivamente, es ruso, y están aquí por el asunto que también nos ha traído a nosotros. Pero... hay algo que no entendí bien, algo que él dijo. Estoy desconcertada.

—¿Qué dijo?

—Quería saber qué estábamos tramando nosotros en este lugar, y por qué habíamos citado aquí a Pierre Deschamps, es decir, a Andrei Gorav. No creía que fuese para matarlo, ya que Gorav, al parecer, no es nadie importante.

—¿Estás segura de que él quería saber qué estamos tramando nosotros?

—Sí, segura. Si no lo hubieses matado, ahora podríamos hacerle unas cuantas preguntas. ¿No estás desconcertado?

—Un poco —admitió él—. De todos modos, tenemos a Marie; ella contestará por los dos... Será mejor que vayamos allá; la dejé sin conocimiento, pero puede despertar de un momento a otro.

CAPÍTULO V

Marie Massart se movió, gimió, y volvió a quedar inmóvil. A los pocos segundos, volvió a gemir y a moverse. Luego, todavía tendida delante del fuego, se llevó la mano a la barbilla y volvió a gemir una vez más.

Por fin, lentamente, se sentó..., y entonces los vio a los dos, sentados en sendos sillones, uno a cada lado de ella, gozando apaciblemente del calor de la chimenea y mirándola con fijeza.

—¿Y Jaques? —susurró.

—Está muerto —informó Lucy—. Pero por culpa suya, no nuestra: perdió los nervios.

—Lo habéis asesinado.

Lucy alzó las cejas, con gesto de perplejidad.

—En cierto modo —admitió tras breve vacilación—. Pero si no lo hubiésemos asesinado a él, quizá él me habría asesinado a mí. Al menos, parecía dispuesto a hacerlo.

—¿Y qué pensáis hacer conmigo?

—Un trato.

Marie Massart volvió a mirar a Morgan, y de nuevo a Lucy.

—¿Qué clase de trato?

—Te haremos unas cuantas preguntas, y si consideramos que tus respuestas son satisfactorias, arreglaremos las cosas de modo que dentro de unos días puedas regresar a Ottawa.

—¿Viva? —exclamó Marie.

—Desde luego.

—¿Por qué tengo que confiar en vosotros?

—Porque si no confías y contestas a nuestras preguntas, te arrancaremos la piel a tiras y muy despacito —sonrió Lucy—. ¿Verdad, mi amor?

Morgan Conway miró a Marie, sonrió prietamente, y luego encendió un cigarrillo, antes de volver a quedarse mirando el fuego.

Marie Massart tragó saliva y musitó:

—¿Qué queréis saber?

—¿Quién es Antoin Leduc? ¿Dónde está?

La boca de Marie se abrió en gesto de sincero pasmo.

—¿Quién?

—Antoin Leduc.

—Jamás he oído ese nombre. No tengo ni idea de quién pueda ser ese hombre. Ni mucho menos sé dónde pueda estar.

—Pues es un ruso. Según parece, un ruso de bastante edad, que está alojado en el motel... Ese que escribe sobre la vida de las aves lacustres, y que ha desaparecido.

Tanto Morgan como Lucy se dieron perfectamente cuenta de que al asombro de Marie era auténtico, sincero. Ella estaba reflexionando, pero antes de escuchar su respuesta ya la habían adivinado:

—Puede que ese hombre exista, ya que vosotros lo decís. Pero nosotros no sabemos nada sobre él.

—De acuerdo. ¿Y sobre Andrei Gorav? ¿Sabes algo?

—No.

—¿No? Pues Jacques sí sabía algo. El dijo que habíamos citado aquí a Pierre Deschamps es decir, a Andrei Gorav. ¿A quién se refería Jacques al decir que Habíamos citado aquí a Gorav?

—No lo sé.

—Marie —dijo amablemente Lucy—, yo creo que sí lo sabes. Y sólo estás consiguiendo colocarte en una situación peligrosa. Vamos a ver: Andrei Gorav vino aquí porque alguien le citó... ¿Quién? Nosotros creemos saberlo, naturalmente, pero queremos que nos lo digas tú. ¿Fue un norteamericano?

—Sí... Sí.

—¿O fueron dos?

—No sé. Andrei dijo que había hecho contacto con un americano.

—Está bien... No se puede hablar con dos personas a la vez. ¿Sabes los nombres..., el nombre de ese americano?

—No... No.

—Te diré un par, por si te suenan: Maxwell Pyne y Robert Delaney... ¿Te suenan?

—No.

—De acuerdo, Vamos a aceptar eso, porque no es descabellado suponer que un norteamericano citó aquí a Andrei Gorav... Mejor dicho, ni siquiera es una suposición, pues sabemos que dos norteamericanos estaban aquí, en este motel, cuando se suponía que debían estar en Washington. Aceptaremos también que esos dos traidores querían vender ciertos planos a Andrei... ¿Te parece razonable? También vamos a aceptar que Andrei, en lugar de pagar los planos con dinero, mató a los dos norteamericanos, y se fue del motel. Todo eso, hasta cierto punto, es perfectamente aceptable. Pero no comprendemos una cosa: ¿por qué Jacques me preguntó a mí que qué pretendíamos nosotros en este lugar? Yo creo que aquí, la cosa ya no encaja, ¿verdad, Marie?

—No sé.

—¿No sabes? Te diré otra cosa que tampoco encaja: si Andrei Gorav se llevó los planos, es decir, microfotos de los planos..., ¿a qué habéis venido vosotros dos aquí? ¿No te parece una estupidez?

—No sé.

—Me parece que sabes muy pocas cosas... Pero podemos obligarte a recuperar la memoria, Marie. Mira, puedes engañarnos en muchas cosas, de acuerdo, pero no puedes hacernos creer que no sabes a qué os enviaron aquí a Jacques y a ti.

—Teníamos que..., que averiguar lo que había pasado, y por qué.

—¿Acaso Andrei Gorav no os explicó lo que había pasado?

—El dijo que había visto muertos a los dos americanos que ocupaban una cabaña, y que entonces creyó que estaba metido en una trampa, y que escapó.

—Eso significa que a los dos norteamericanos no los mató él.

—¡Claro que no! ¡El solo estaba aquí esperando a uno!

—¿Y tú no sabes su nombre?

—No.

—¿Y él? ¿Lo sabe Andrei?

—No lo sé.

—Pero sí debes saber dónde está Andrei.

—No... No.

—Yo creo que sí —sonrió Lucy—, pero antes de insistir sobre ese punto te haré otra pregunta: ¿debemos entender que Andrei no fue quien quemó los planos después de obtener microfotos de ellos?

De nuevo apareció la sorpresa en los ojos de Marie Massart. Una sorpresa auténtica, que fue captada por los Conway.

—Andrei no ha dicho nada de planos.

Los Conway cambiaron una mirada de desconcierto.

—Bien —murmuró Lucy—. Parece evidente que la clave la tiene ahora el hombre llamado Antoin Leduc. Quizá jamás lo encontremos, o quizá sí. Mientras le buscan, ya que conseguimos sus huellas digitales y puede que tengamos algo de él en nuestros archivos de Washington a nosotros nos gustaría charlar con Andrei Gorav, pues tenemos la esperanza de que puede aclararnos más cosas que tú. Dinos, Marie: ¿dónde está Andrei? ¿Camino de Rusia?

—Sí.

—No —rió Lucy—. ¡Claro que no, querida! ¿Por qué habría de marcharse si no consiguió los planos del WW-307?

Además, debe estar esperando alguna información vuestra que le aclare el extraño asunto en el que le metieron y le dejaron salir sin darle explicaciones... ¿Dónde está esperando Andrei?

—Está camino de Rusia.

—Vamos, vamos, no explotes tanto la idea que yo misma te he dado... ¿Dónde está?

—No lo sé.

Morgan Conway retiró por fin el atizador del fuego, y se lo quedó mirando inexpresivamente. Las cinco o seis pulgadas del extremo del atizador estaban al rojo vivo, en un tono bonito, más que rojo quizá anaranjado... Morgan movió la mano y la punta del atizador quedó ante los ojos de Marie, que retrocedió vivamente, deslizándose sentada en el suelo, y se quedó mirando con expresión desorbitada a Morgan Conway.

—No te he oído bien —musitó éste—. ¿Dónde has dicho que está Andrei Gorav esperando noticias?

—¡En Niágara! —gritó histéricamente Marie—. ¡Está en Niágara, en la parte canadiense!

—¿Dónde, exactamente?

—En..., en una pensión de River Road... La Falls Pensión.

Tan sólo media hora más tarde, el cadáver de Jacques Massart estaba empaquetado con una manta y metido en el maletero del

coche en el que habían llegado los dos enlaces de Morgan y Lucy Conway. Uno de éstos había quedado en el coche, vigilando a Marie, que estaba sentada a su lado, en el asiento de atrás.

El otro, estaba en la cabaña de los Morgan, hablando con éstos.

—Desde luego conseguimos huellas a montones en la cabaña de ese Leduc, y las hemos enviado a Washington. Pero no será una labor fácil, ya que debe haber huellas de muchas personas en esa cabaña. Es decir, que no se parte de unas huellas y un nombre para tratar de conseguir una verdadera identificación, sino de un montón de huellas que, una vez clasificadas, habrá que ir cotejando en los archivos... Lo que suele llamarse un trabajo de chinos, vamos.

—Se entiende, entonces, que el nombre de Antoin Leduc no consta en nuestros archivos.

—No, en efecto. Maldita sea..., ¿será posible que todo este jaleo lo haya organizado un anciano?

—¿Por qué no? Si por ejemplo, tiene sesenta y cinco años, me escalofría pensar en la lucidez de ideas que puede tener un hombre a esa edad, sobre todo si es un profesional... ¿No es cierto, mi amor?

Morgan encogió los hombros, y preguntó a su vez:

—¿Han encontrado algo en el lago?

—No —movió la cabeza el otro—. ¿Siguen buscando?

—Yo creo que deben hacerlo, aunque sólo sea una jornada más.

—Está bien. ¿Van a partir ahora hacia Niágara?

Morgan miró su reloj.

—Sí. Sólo son las siete y cuarto... A las ocho podemos estar allá con toda tranquilidad. Es una buena hora.

—Como otra cualquiera. Podemos enviar ayuda allá para...

—No. Nada de espantar la caza. Gorav está solo. Ella y yo nos bastamos para atraparlo.

—Como gusten. Y nosotros también estaremos en todo momento esperando noticias sobre Leduc.

—*Okay.*

Cuando quedaron solos, la señora Conway miró sonriente a su marido.

—¿No es... emocionante y romántico? ¡Vamos a las cataratas del Niágara!

—Pero no en viaje de luna de miel —masculló el señor Conway.

CAPÍTULO VI

También en Niágara llovía cuando llegaron, un poco más tarde de las ocho de la noche, utilizando el coche que habían «requisado» a Marie y Jacques Massart.

Entraron en la población por Queen Elizabeth Way, cambiaron de dirección al llegar a Traffic Circles, y siguieron por Roberts Street, hasta Newman Hill. Desde allí, y dejando a su izquierda y atrás el «Tourist Recepción Centre», pasaron directamente a River Road, y, mientras viajaban por esta calle fueron viendo, a su izquierda y enfrente, las archifamosas cataratas del Niágara, con Goat Island en su centro.

Y, finalmente, pasaron por delante mismo de Falls Pensión, en cuya fachada había un modesto letrero luminoso. Los dos miraron hacia allí y, al mismo tiempo, cayeron en la cuenta de que habían cometido un «pequeño» fallo.

Pero fue él quien lo admitió.

—No le preguntamos a Marie qué nombre está utilizando Andrei Gorav en esa pensión.

—Quizá podamos arreglarlo en seguida —murmuró ella, sacó la radio de bolsillo y apretó el botoncito—. ¿Me oyen?

—La oímos perfectamente —oyeron con toda claridad la voz—. A fin de cuentas, debemos estar muy cerca de ustedes, puesto que también estamos en Niágara Falls, para cruzar la frontera.

—Espero que no tengan dificultades.

—Está todo previsto, no se preocupe. ¿Podemos ser útiles en algo?

—Pregúntele a Marie Massart qué nombre está utilizando en Niágara nuestro colega Andrei Gorav.

—Un momento, por favor —hubo una pausa—. ¿Siguen a la escucha?

—Sí, sí. Adelante.

—El nombre es Peter Skinner. Eso dice ella. Pero cuidado...

—No se preocupen. Gracias y hasta la vista, queridos.

Cerró la radio, miró a Morgan, y éste asintió:

—Lo he oído, desde luego: Peter Skinner. Bien, daremos una vuelta, y luego yo iré a...

—¿No sería mejor que fuese yo?

—¿Adónde?

—A visitar a Gorav.

—Iba a decir que yo iría a dar una vuelta para asegurarme de que no hay trampa alguna. Eso, de momento. Lo de quién irá después a «charlar» con Gorav es algo que se podría discutir.

—Mi amor —sonrió la señora Conway—, tú eres demasiado impresionante. Apenas te viese ése espía ruso, pondría pies en polvorosa, o te metería una bala en la cabeza, sin esperar a más. En cambio, yo, una inofensiva mujercita que...

—También tienes cabeza, ¿no? Y, aunque sea algo más pequeña que la mía, es fácil acertarla con una bala.

—Podemos hacerlo a cara o cruz, si te parece —rió ella.

El adusto señor Conway reflexionó, vaciló...

—No —tuvo que admitir—. Creo que es mejor que vayas tú. Si queremos cazar vivo a Gorav, hay que hacerlo así. Si me ve a mí, es muy posible que, en efecto, empiece a disparar sin más ni más. Es de esperar que tú llegues hasta él sin inquietarlo tanto.

—Eso quiere decir que a veces es útil ser mujer, ¿no?

Morgan Conway le dirigió una mirada de reojo, y no hizo el menor comentario. Un poco más abajo dieron la vuelta al coche, y regresaron hacia donde estaba la Falls Pensión. Volvieron a pasar por delante, y cien yardas más allá, Morgan detuvo el coche, y, sin más, se apeó. Lucy pasó al volante y continuó River Boad arriba.

Quince minutos más tarde, detenía el coche en el mismo sitio, miraba hacia las cataratas y encendía un cigarrillo. Ni siquiera había dado tres fumadas cuando la puerta de la derecha se abrió, y el gigantesco Morgan Conway entró en el coche.

—Parece que no hay trampa —musitó.

—Entendido.

Ella le puso el cigarrillo en los labios, sonrió y salió del coche, dirigiéndose con paso vivo y gracioso hacia la pensión, cien yardas más abajo. Dentro del coche, Morgan Conway permaneció inmóvil,

con el cigarrillo en los labios, duro el gesto. Por fin; movió negativamente la cabeza.

—«¿Qué demonios nos importa en realidad todo esto? —pensó—. Si no tienen los planos, ¿por qué tiene que arriesgarse?».

Mientras tanto, la señora Conway había llegado a la pensión. Entró resueltamente en el vestíbulo y se dirigió hacia las escaleras, pero un hombre que estaba sentado tras una mesa con un periódico en las manos, tras contemplarla estupefacto un par de segundos, inquirió:

—Oiga, ¿adónde va usted?

Ella se detuvo, como sorprendida.

—A visitar al señor Skinner... Peter Skinner. Creo que está en la nueve, ¿no?

—Está en la once —gruñó el hombre—. Y me tiene dicho que no recibe visitas sin que antes le avise por teléfono.

—Oh... Bueno, está bien. Dígale que Marie quiere verlo inmediatamente... Marie Massart —completó.

—Muy bien.

El hombre llamó por teléfono, informó que una tal Marie Massart quería ver al señor Skinner, escuchó, asintió con la cabeza, y colgó.

—Suba. La está esperando.

—Gracias.

Lucy Conway emprendió la ascensión, apretando con su mano derecha la pistolita que llevaba en el bolsillo del blanco abrigo de pieles. La habitación once estaba en el segundo piso del edificio, pero no se acercó a ella directamente, sino pegada a la pared, de modo que quedó a un lado.

Entonces llamó con los nudillos, y en seguida susurró, en ruso:

—Andrei, abre. Soy yo.

La puerta se abrió, y el rostro de un hombre apareció en la abertura, de apenas cuatro dedos... Por esa abertura pudo ver en el acto la pistolita que le apuntaba a la cabeza, y, soltando un respingo, empujó con fuerza la puerta..., que rebotó en el pie que Lucy había introducido entre ésta y el marco, y acabó de abrirse del todo cuando la señora Conway empujó con un hombro.

Entró en la habitación cuando Andrei Gorav estaba rodando por el suelo, crispado el rostro, llevando la mano derecha al sobaco

izquierdo, vuelta la cabeza hacia Lucy, que adelantó la mano armada, con un gesto de cuya firmeza no cabía dudar.

—¡Quieto!

Andrei Gorav quedó como petrificado, fijos sus ojos en la decidida visitante, que empujó la puerta con un pie, cerrándola.

—¿Quién es usted? —jadeó Andrei Gorav o Pierre Deschamps, o Peter Skinner.

—Ante todo, saque la mano del sobaco. Luego vaya a sentarse en aquel sillón —señaló con la barbilla, levemente—. Una vez sentado, ponga sus manos bajo las nalgas y quédese quieto. ¿Está claro?

Andrei Gorav no contestó. Se puso en pie, fue a sentarse en el sillón indicado, y colocó sus manos bajo las nalgas, mientras Lucy Conway le observa detenidamente. Era un hombre de unos treinta y cinco años, atlético, de muy buena facha, mirada inteligente, rostro agradable, cabellos revueltos... Se acercó a él por detrás, apoyó la punta de la pistola en su nuca, y con la mano izquierda, con gran cuidado, le quitó la pistola, que se metió en un bolsillo del abrigo. De ese mismo bolsillo sacó la pequeña radio y apretó el botoncito.

—Lo tengo —dijo—. Habitación once. Hay un conserje muy escrupuloso, que no te dejará pasar si no te anuncias antes.

—Bien.

Lucy Conway retrocedió dos pasos, y se quedó apuntando a la nuca de Andrei Gorav. Ninguno de los dos dijo nada hasta que sonó el teléfono, dos minutos más tarde. Entonces, ella dijo:

—Diga que sí.

Gorav descolgó el teléfono, escuchó y dijo:

—Sí... También lo estaba esperando, que suba.

Colgó, y se quedó inmóvil. La voz de ella le llegó siempre desde atrás:

—¿Qué nombre han dado ahora?

—Morgan Conway.

—Vaya a abrir la puerta y vuelva a sentarse en el mismo sillón, y en la misma postura. No es demasiado incómoda, ¿verdad?

Andrei Gorav abrió la puerta, volvió a sentarse, colocó sus manos bajo las nalgas, y quedó inmóvil, silencioso, sombrío. Poco después, la puerta se abrió, Morgan Conway entró, cerró, y, sin decir palabra dirigiendo apenas una mirada a Gorav, procedió a

registrar de un modo delicadísimo, pero metódico y rápido, la habitación. Invirtió en ello unos cinco minutos. Luego miró a su esposa y dijo.

—No hay nada.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó por fin Gorav.

Morgan le dirigió una mirada entre sorprendida y divertida. Luego encendió un cigarrillo, la puso en los labios de Lucy, y ella fue a sentarse en otro sillón. Morgan Conway se plantó delante del espía ruso, y éste se estremeció, sin poder evitarlo.

—Podemos hacer las cosas a las buenas o a las malas, Gorav —dijo Morgan, en ruso—. De usted depende.

—¿A qué... cosas se refiere?

—Básicamente, información.

—No tengo ninguna información que...

Morgan le interrumpió con un gesto seco, casi feroz.

—No me gusta perder el tiempo, Gorav. O charlamos de un modo inteligente o le rompo el cuello ahora mismo y ella y yo nos vamos. ¿Y bien?

—¿Qué clase de información? —susurró Gorav.

—Usted fue al Cootes Motel porque alguien le citó. ¿Quién le citó?

—Un norteamericano.

—¿Su nombre?

—No lo sé. Ni siquiera sé cómo me conocía.

—¿Qué le propuso?

—Una transacción de documentos que haría de mí el agente más admirado de la MVD.

—¿Precio?

—No puso precio, de momento. Dijo que hablaríamos de ello cara a cara.

—¿Llegó a verlo?

—No.

—¿Qué clase de documentos?

—No lo sé.

—¿Por qué acudió usted solo?

—El lo exigió así. Dijo que corría mucho riesgo, y que no quería mucha gente en el motel. Era un trato privado, que iba a beneficiarme muchísimo profesionalmente.

—Entonces, usted fue al motel sin informar de ello a sus jefes de Ottawa. ¿Cierto?

—Cierto.

—Y luego, cuando las cosas no le gustaron, regresó a toda prisa a Ottawa, informó de lo sucedido, y le enviaron aquí. ¿Sí?

—Sí.

—Entiendo que usted no tiene los planos.

—No.

—¿Le suenan los nombres de Robert Delaney y Maxwell Pyne?

—No.

—Pues son los nombres de los dos hombres que usted encontró muertos, según cierta versión. ¿Es correcta esa versión?

—Sí.

—¿No los mató usted, no se llevó microfotos de los planos antes de quemarlos en la chimenea?

—No. Ni siquiera entré en la cabaña. Los vi a los dos, uno estaba tendido en el suelo, el otro sentado en un sillón, delante del fuego encendido, con los ojos abiertos. No entré, no esperé nada más. Fui corriendo a mi cabaña, recogí mis cosas, y me marché a toda prisa. Eso es todo. Lo último que supe del asunto es que mis jefes enviarían al motel a dos compañeros, con los nombres de Jacques y Marie Massart, para ver si conseguían saber qué estaba ocurriendo.

—¿Y qué les importaba eso? Los muertos eran norteamericanos, ¿no es así?

—Se me había hablado de unos planos. Quizá todavía pudiesen ser adquiridos por nosotros.

—Entiendo. Bien, sólo nos queda como sospechoso de doble asesinato y robo de los planos el tal Antoin Leduc. ¿Quién es?

—¿Antoin Leduc? —Parpadeó Gorav—. Nunca he oído ese nombre.

—¿Está seguro?

—Usted es un agente de los buenos —murmuró Gorav—, así que tiene que darse cuenta de que no le estoy mintiendo. No estoy loco... Y los rusos no tenemos nada que ocultar en esto. Queríamos comprar algo que podía ser interesante. ¿No habrían hecho lo mismo ustedes en Moscú, por ejemplo?

—Admitido. Entonces..., ¿por qué nos estamos peleando los rusos y los norteamericanos?

—Yo no lo sé. ¿Y usted?

Morgan Conway frunció el ceño.

—Antoin Leduc —repitió—. Piénselo bien. ¿Seguro que no le dice nada ese nombre?

—Absolutamente nada. Y no puedo decirle nada más de lo que ya le he dicho. ¿Qué piensan hacer conmigo?

—Lo dejaremos marchar —murmuró Lucy Conway—. ¿Verdad, mi amor?

Gorav la miró con gesto estupefacto, pero dicho gesto se convirtió en resignado cuando oyó la mucho más lógica respuesta de Morgan Conway:

—¿Por qué hemos de dejarlo marchar? Es muy posible que nos esté mintiendo, y en un lugar apropiado podríamos hacer variar sus... informes.

—No variaré nada —aseguró Gorav—, porque he dicho la verdad.

—¿Qué clase de pasaporte tiene ahora? —Gruñó Morgan.

—Norteamericano.

—Pues va a cruzar la frontera con nosotros, y...

Bip, bip, bip..., se oyó quedamente.

Lucy Conway sacó rápidamente la radio admitiendo la llamada.

—¿Sí?

—Nos acaban de llegar noticias fresquísimas por la radio del coche —oyó la ya conocida voz de su compañero—. Estamos seguros de que tienen un extraordinario interés..., aunque son bastante sorprendentes.

—¿Qué noticias son ésas?

—Respecto a las huellas de la cabaña: algunas de ellas han sido identificadas como pertenecientes a un agente ruso llamado Anton Kuchev.

—Anton... Muy parecido a Antoin, ¿verdad? —musitó Lucy.

—Mucho. Parece que todo indica que las huellas de Antón Kuchev son las del anciano que había en el motel. De otro modo, nada tendría sentido. Tienen que ser de ese anciano, es decir, que ese anciano era Antón Kuchev.

—Bien... Pero ¿qué hay de sorprendente en esto?

—Hace más de diez años que Antón Kuchev se retiró del espionaje activo. De verdad. Sin trampas, sin trucos... Un buen día

dijo que estaba harto de todo, presentó la dimisión en la MVD, y se dedicó a vivir de unas pequeñas rentas, que, se suponen son fruto de algunas pequeñas pillerías durante su época de agente activo. Desde entonces, Antón Kuchev jamás ha tenido nada que ver con el espionaje.

—Sigo sin encontrar nada sorprendente en esto, la verdad. Por otra parte, es muy posible que la retirada de Antón Kuchev fuera mentira, y que...

—No. Lo sabemos con toda seguridad, porque Antón Kuchev era un agente doble: no sólo trabajaba para los rusos, sino también para la CIA. Está confirmado. Y también a la CIA le dijo que no quería saber nada más de espionaje. Desde hace diez años, nadie ha contado con los servicios de Antón Kuchev.

—Vaya... Esto sí resulta sorprendente, en efecto. ¿Estamos seguros de que era un agente doble?

—Segurísimos. Ya le digo que nuestra Central lo confirma. Kuchev operó especialmente en Europa, en la zona húngara, y tuvo muchas y muy buenas relaciones con agentes de nuestros servicios allá, hasta que se retiró.

—¿Se retiró! Yo diría que fue una mentira, ¿no?

—Pues... dadas las circunstancias actuales, cabe preguntarse qué clase de juego ha estado realizando Antón Kuchev durante estos diez años últimos. Y podemos suponer que estaba en el motel como... enlace o apoyo de Pierre Deschamps, o Andrei Gorav. Eso sería...

—No —cortó Lucy Conway—. Eso no. Tenemos ya a Gorav, y asegura no conocer ni siquiera de nombre a Antoin Leduc.

—Quizá conozca a Antón Kuchev.

—Quizá.

—Seguramente, si se lo preguntan de un modo adecuado, conseguirán que Gorav diga la verdad. Sería absurdo que Kuchev y Gorav hubiesen estado juntos en ese motel y Gorav no supiese nada de nada.

—Está bien. Nosotros vamos a regresar al Cootes Motel.

—¿Para qué?

—Si mi amado esposo, el señor Conway, está de acuerdo, permaneceremos allá hasta que mañana terminen su segunda jornada los hombres-rana. Si tenemos algo importante que

comunicar lo haremos entonces, por la radio de su camioneta. Ustedes ya no hace falta que vengan por aquí.

—No sé si eso es razonable... ¿Y en cuanto a Gorav? ¿Qué piensan hacer con él?

—Eso lo decidirá él mismo. Adiós.

—Adiós...

Lucy Conway cortó la comunicación, se guardó la radio, y miró a Morgan.

—Supongo que lo has oído todo.

Morgan asintió, y miró a Andrei Gorav, que estaba pálido.

—Lo hemos oído perfectamente los dos... ¿Verdad, Gorav?

—Sé lo que están pensando —dijo con voz ronca el ruso—. Pero aunque me hagan pedazos no podré decir nada diferente a lo que ya les he dicho.

—Eso ya lo veremos —deslizó sombríamente Morgan Conway.

CAPÍTULO VII

No vieron nada.

Eran las tres de la madrugada cuando Lucy Conway, helada de frío, regresó a la cabaña dieciocho, donde Morgan se había quedado con Andrei Gorav, que continuaba desvanecido, atado sólidamente a una silla, con la cabeza caída, sobre el pecho, la cara llena de hematomas y, últimamente, en vista de su obstinado silencio, sellada su boca con una ancha tira de esparadrapo.

El señor Conway miró atentamente a su esposa.

—¿Nada? —musitó.

—Nada. Incluso he mirado en la cabaña que ocupó él —señaló a Gorav con la barbilla, mientras se frotaba las manos delante del fuego—. Nada, nada, nada.

—Quizá convendría que yo fuese a echar otro vistazo.

—¿Para qué? Tú fuiste el primero en ir a examinar la cabaña de Antoin Leduc, o Antón Kuchev y no encontraste nada. Yo le he dedicado casi tres horas... ¿Te das cuenta? ¡Tres horas! Por Dios, haría falta que yo fuese una rematada estúpida y ciega para no haber encontrado en tres horas cualquier cosa que Kuchev hubiese escondido en la cabaña. Lo he mirado todo, todo. Incluso he leído parte de esos escritos sobre las aves lacustres, por si me parecía que podía haber algo en clave...

—Si se dejó esa libreta es que nada importante hay escrito en ella.

—Sí, claro. Pero no entiendo... ¿Dónde está? Si, como suponemos, escapó, ¿por qué dejarse sus libretas, su cámara fotográfica, fotografías de aves, la ropa...? Todo parece indicar que piensa volver, que no se ha marchado definitivamente. A menos... que se lo llevasen.

—¿Quiénes?

—Los rusos. O eso, o... está muerto.

—¿Y quién lo habría matado? ¿Los rusos?

—Podría ser... ¿No?

—Sabes que no —refunfuñó Morgan—. Si los rusos hubiesen querido matar a Antón Kuchev, lo habrían hecho todo mucho mejor. En primer lugar, no habrían dejado nada de él en su cabaña, y por cierto que tuvieron tiempo de retirarlo todo... Pero no. El único ruso que había aquí, aparte de Kuchev —lo señaló—, y él no sabe nada de Kuchev, estoy seguro.

Lucy Conway miró al agente de la MVD y movió la cabeza.

—Pobrecito... Me da pena. Le has golpeado demasiado, mi amor.

—¿Qué crees que ellos harían con nosotros si nos atrapasen? —Gruñó Morgan—. Además te aseguro que esto no ha sido ninguna satisfacción personal para mí; todo lo contrario.

—Te creo. Y... Bien, ¿qué hacemos? Solamente Antón Kuchev podría decirnos la verdad de lo que ocurrió aquí, y parece que se ha evaporado. ¿Crees que puede estar en Moscú?

—Gorav dice que ellos no tienen los planos
WW-307.

Estoy seguro de que él dice la verdad. Pero... quizá a él le hayan engañado, quizá a él lo hayan utilizado como tapadera.

—¿Qué quieres decir?

—Podría haber sido un agente ruso quien, siguiendo instrucciones superiores, hubiese telefoneado a Gorav diciendo ser un norteamericano que tenía algo que ofrecerle. Gorav cayó en la trampa; vino aquí, su presencia fue detectada por nosotros, lo hemos cazado... Mientras tanto, puede que el verdadero trabajo a realizar en este lugar corriese a cargo del anciano Kuchev, que podría estar en Moscú.

—Santo cielo... ¡Eres maquiavélico! ¡Se te ocurre cada cosa...!

Morgan Conway encogió los hombros.

—Será mejor que duermas un poco.

—¿Y tú?

—Reflexionaré. Y si no encuentro ninguna solución, ni mañana encontramos a Antón Kuchev, lo cual es casi seguro, me parece que nada nos quedará por hacer aquí. Sea lo que sea lo que los rusos hayan tramado, el asunto lo tienen liquidado.

—Y lo extraño del caso es que los rusos creen que esto es cosa

de los norteamericanos. ¿Y si fuese...?

—Duerme —sonrió prietamente Morgan—. Mañana, quizá veamos las cosas con mayor claridad.

Efectivamente.

Al día siguiente, las cosas comenzaron a verse con más claridad.

No sólo porque amaneció, sino porque media hora después de que los «investigadores científicos» se hubiesen sumergido en las frías aguas de la laguna, uno de ellos apareció en la superficie, y se quedó allí, hasta que otro de sus compañeros apareció también, para tomarse un descanso. El primero le hizo señas y el otro fue a reunirse con él. Y al parecer, se dedicaron a conferenciar brevemente.

De pie ante la ventana, la señora Conway se volvió hacia su marido, que estaba sentado delante de Andrei Gorav, el cual continuaba atado a la silla, con el rostro amoratado y lívido, la boca sellada, la moral quebrantada... Inconvenientes de la profesión.

—Ha encontrado algo —dijo Lucy.

—¿El qué? —Se puso en pie Morgan.

—No lo sé aún. Están hablando dos de los «ranas»... Se van a sumergir de nuevo. Uno de ellos ha encontrado algo, y ha esperado a que un compañero le ayude a sacarlo, ya verás. Voy a echar un vistazo por si...

—Yo iré —dijo Conway—. Hace demasiado frío, y a ti no te gusta.

—Eres un encanto, amor —sonrió ella.

Morgan Conway encogió los hombros, salió de la cabaña, y se dirigió hacia la laguna. Mientras tanto, en efecto, los dos hombres-rana se habían sumergido de nuevo.

Pero, para cuando Morgan llegó allá, estaban de nuevo en la superficie, ahora los tres reunidos. Y remolcaban algo hacia la orilla. Morgan Conway supo en seguida lo que era aquella «cosa», pero se limitó a apretar los labios.

En cambio, uno de los curiosos que había cerca de él lanzó una exclamación segundos después:

—¡Han encontrado a un hombre! ¡Han encontrado a un hombre ahogado...!

Conway dirigió una hosca mirada de disgusto al excitado huésped del motel, y se adelantó hacia la orilla, haciendo señas a

los hombres-rana para que no se dirigiesen hacia allí, sino hacia el embarcadero. Los tres buceadores fueron hacia allí mientras Morgan se volvía hacia las cabañas y alzaba un brazo. Ella entendería...

Se acuclilló en el borde del embarcadero y tendió sus grandes manos hacia el cadáver del hombre ahogado.

—Con cuidado —jadeó uno de los buceadores—. Está lastrado con algo que pesa bastante.

De todos modos, el peso no era suficiente para que Morgan Conway necesitase ayuda. Izó el cadáver al embarcadero, y luego hizo lo mismo con el anclote que pendía de uno de sus tobillos, y que uno de los buceadores sostuvo en alto hasta que el cadáver estuvo sobre las tablas.

Puso una rodilla e éstas, y se quedó mirando el rostro de aquel hombre, que todavía tenía bastante lodo adherido, a pesar de que al ser arrastrado en agua clara hasta allí, ésta había desprendido muy buena parte.

Morgan oía tras él las excitadas voces de las personas que iban llegando desde todas las cabañas, pero no hacía caso alguno. Ni siquiera volvió la cabeza cuando oyó la voz del señor Sparrow, aguada, chillona:

—¡Ése..., ése es mi anclote! ¡Santo Dios!

—Súbanme un poco de agua —pidió Morgan.

Uno de los hombres-rana, el primero en subir, se quitó el lento monocular, y lo tendió a sus compañeros, que lo llenaron de agua. El lente pasó a poder de Morgan, que mojó una mano en el agua y fue limpiando las congeladas facciones del cadáver... Estaba en eso cuando Lucy se arrodillaba a su lado, y musitaba:

—¿Por qué te molestas? Sabemos quién es.

Impasible, Morgan Conway continuó limpiando aquel rostro, hasta que, tal como esperaba una voz tras ellos, exclamó:

—¡Es el señor Leduc, el de las fotografías de aves...!

Los hombres-rana estaban ya en el embarcadero. Dos de ellos se dedicaron a apartar cuánto pudieron a los curiosos, mientras el tercero iba hacia la camioneta, a dar la noticia por la radio... Morgan Conway estaba ya registrando el cadáver, pero lo que halló no parecía interesante: una billetera, un bolígrafo, cuatro rollos de fotografías en un bolsillo, un pañuelo... Eso era todo. Abrió la

billetera y pudo ver con muy aceptable nitidez el documento del cadáver: Antoin Leduc, ciudadano canadiense...

—Pobre hombre —oyó susurrar a Lucy—. Es un mal final para un espía retirado, ¿verdad?

—¿Crees que ha muerto ahogado?

—No —negó ella—. Estoy viendo el agujero de bala sobre su corazón. Lo asesinaron, lo trajeron aquí con su propio coche, le ataron al tobillo un anclote, utilizando su propio cinturón, y lo tiraron al agua, esperando que el lodo lo fuese absorbiendo para siempre. ¿Crees que esto lo hizo Andrei Gorav?

—No —negó Morgan.

—Entonces, ¿quién? ¿Quizá te parece que lo mataron Robert Delaney y Maxwell Pyne?

—Si hubiese sido así, ¿quién los habría matado?

—Entonces, podemos estar de acuerdo en que tanto a Antón Kuchev como a Pyne y Delaney los mató la misma persona.

—Evidentemente. Enviaremos la bala que Kuchev debe tener todavía en el corazón, para que la comprueben en Balística con las que mataron a Pyne y Delaney... Verás cómo son de la misma pistola.

—Yo tengo la pistola de Andrei Gorav: la enviaremos también a Balística.

—La idea no es mala. Pero dudo que nos aclare nada. Yo insistí en que no fue Gorav el asesino de los tres.

—Pero era alguien que no estaba aquí, en el motel, pues de otro modo, el cadáver de Kuchev no habría estado en el lago. Habría sido una tontería matarlo lejos de aquí y traerlo en su coche para tirarlo a esta laguna, teniendo la bahía y el lago Ontario ahí mismo... ¿No te parece?

—Sí.

—Entonces, fue alguien que estaba en el motel, pero no fue Andrei Gorav...

—Estás pensando lo mismo que yo, de modo que dilo, yo diré que sí, y... ahí terminará la historia. Te escucho.

—Yo creo que alguien vino aquí, mató a Pyne y Delaney, microfotografió los planos

WW-307,

los tiró al fuego, y salió de la cabaña de ellos. Entonces, Antoin

Leduc, es decir —señaló el cadáver—. Antón Kuchev, vio a esa persona. Y esa persona lo mató, lo metió en el coche, lo trajo aquí, lo metió en una barca, le ató el anclote al tobillo con su cinturón, remó un poco hacia dentro, y tiró el cadáver. Regresó al embarcadero, dejó el coche aquí, y se fue del motel..., con las microfotos de los WW 307.

—De acuerdo.

—Es decir, que tenemos un personaje más a buscar.

—A ése sí que va a ser difícil encontrarlo, querida —murmuró Morgan—. Y digo difícil, porque a mí no me gusta la palabra imposible.

—A mí tampoco —susurró Lucy.

—Pues piensa, mi amor... Ése fue el trato, tú piensa. Bien, creo que esto es todo.

Dejó las cosas de Antón Kuchev a un lado, se irguió, y fue hacia donde estaba el hombre-rana hablando por radio desde la camioneta. Le miró interrogante, y el hombre asintió con la cabeza.

Apenas diez minutos más tarde, llegó un coche de la policía canadiense, y detrás, otro coche, del que se apearon dos hombres de paisano. Todos fueron directos hacia el embarcadero..., mientras por último, una ambulancia aparecía por la entrada al recinto del Cootes Motel.

El hombre-rana que había hablado por la radio, los policías canadienses, los dos hombres llegados en el otro coche, y los señores Conway estuvieron conversando durante cuatro o cinco minutos. Por fin, todos asintieron con la cabeza, y los policías canadienses hicieron una seña a los encargados de la recién llegada ambulancia, que bajaron una camilla y fueron hacia donde estaba el cadáver del hombre de las fotografías de aves.

Muy poco después, el cadáver era evacuado en la ambulancia... Y el señor Sparrow, en el embarcadero, contemplaba con expresión desorbitada su anclote. Eso era todo lo que quedaba. Se acercó a él, le dio con el pie, y lo tiró al agua.

Luego, lívido como un muerto, se acercó a los señores Conway, que se despedían de los demás, y parecían dispuestos a regresar a su cabaña.

—Se-señor Conway...

Éste se volvió, y lo miró, fijamente, como taladrándolo.

—Diga, señor Sparrow.

—E-e-ése era..., era mi anclote,

pe-pero

yo..., yo no...

—Le entiendo. Pero no tiene por qué darme explicaciones a mí.

—Bu-bueno, me..., me ha parecido que..., que usted es de la policía, o..., o algo así...

—No somos de la policía —sonrió Lucy Conway—. Pero no se preocupe, señor Sparrow: nadie le molestará.

—Gracias. Gracias, señora Conway... Qué..., qué horrible ha sido ver... a ese pobre hombre...

—Muy horrible —susurró Lucy—. Adiós, señor Sparrow.

Los Conway se tomaron de la mano y emprendieron el regreso a su cabaña, silenciosos, hasta que Lucy sugirió:

—¿Y por qué no ha podido hacer todo esto Andrei Gorav? ¿Por qué no?

—¿Tienes ganas de discutir?

—No —refunfuñó ella—. Pero un plan de espionaje bien trazado siempre tiene facetas muy sorprendentes, ¿no es cierto?

—Sí. Pero no ha sido Gorav. Por cierto, quizá no has debido dejarle solo.

—Oh, está hecho papilla, el pobre... Y tan bien atado que ni en todo el día podría desatarse Además, cerré la puerta. Estará allí cuando lleguemos.

Sí.

Era verdad.

Pierre Deschamps, Peter Skinner, en definitiva Andrei Gorav, estaba allí cuando llegaron. Atado a la silla, con el trozo de esparadrapo en la boca, la cabeza caída sobre el pecho, y los ojos desmesuradamente abiertos, expresando un terror justificadísimo.

Cuando Lucy Conway, tras una exclamación de sobresalto, corrió hacia él y le alzó la cabeza sujetándola por los cabellos, los ojos desorbitados de Andrei Gorav comenzaron a parecer ya de cristal.

Y en su pecho, sobre el corazón, se veía una mancha de sangre, que comenzaba a secarse.

—Dios mío —gimió Lucy.

Morgan Conway ni siquiera había respingado. Fue a la cocina, de la cual regresó a los pocos segundos.

—Entró por detrás —dijo.

—Dios, Dios, Dios...

—Cálmate.

—Lo han asesinado por mi culpa... Por mi culpa. Era un..., un colega, eso era todo. Hacía su trabajo, como nosotros hacemos el nuestro, no era un asesino... ¡Y a él lo han asesinado! ¡Si yo no me hubiese movido de aquí...!

—Si no te hubieses movido de aquí seguramente también tú estarías muerta ahora.

Lucy lo miró, se mordió los labios, y fue a sentarse en un sillón.

—¿Por qué? —murmuró—. ¿Por qué matar a Gorav? ¡Él no sabía nada de nada, era verdad...!

—Quizá sabía algo que él no sabía que sabía.

—¿Qué...? Oh, sí. Pero ¿qué podía saber?

—Pregúntaselo a él —gruñó Morgan.

Lucy se quedó mirando fijamente a su marido, y éste frunció el ceño, se acercó a ella y le tomó el rostro entre las manos.

—Lo siento —murmuró—. Perdóname, no tenía por qué haber dicho eso.

Lucy Conway sonrió, puso sus manos sobre las de él, y se quedó mirándolo... El señor Conway se inclinó más y la besó en los labios, breve, levemente.

—Empuña tu pistola y no te muevas de aquí —susurró—. Voy a avisar a los hombres-rana. Veremos si podemos llevarnos ese cadáver en la camioneta de ellos. No te descuides, mi amor.

—No.

Morgan Conway salió de la cabaña y fue hacia el embarcadero, donde los tres hombres-rana se habían desembarazado de sus equipos y comenzaban a vestirse. Al verlo llegar, se quedaron mirándolo, con expectación. En el embarcadero quedaban todavía algunas personas, comentando lo sucedido, y todos dejaron de hablar para mirar hacia el impresionante señor Conway, esperando algo nuevo...

Pero la voz de Morgan Conway sólo fue oída por los tres hombres-rana.

—Sin exclamaciones ni muecas, muchachos —advirtió—. Nos

han asesinado a Andrei Gorav en la cabaña mientras ella y yo estábamos aquí. Dentro de un rato vengán a recogerlo con la camioneta por la puerta de atrás: lo tendremos empaquetado.

—Bien.

—Y van cinco muertos —dijo otro, con expresión indiferente en obsequio de los curiosos—. Excepto uno que mató usted..., ¿qué sabemos de las muertes de los demás?

—Estoy seguro de que Balística nos dirá que los cuatro fueron asesinados con la misma pistola: Maxwell Pyne, Robert Delaney, Antón Kuchev y Andrei Gorav. Pero no me pregunten quién lo ha hecho, porque no lo sé... todavía.

—¿Tienen alguna pista qué...?

Morgan Conway alzó la cabeza de pronto y los demás lo imitaron. En el embarcadero, los huéspedes del Cootes Motel hicieron lo mismo. Y todos vieron entonces, y comenzaron a oírlo, el helicóptero que se iba acercando. Ya nadie habló.

El helicóptero llegó encima de la explanada entre las cabañas y la laguna, y comenzó a descender. Segundos después, las aspas habían parado, y un hombre saltaba a tierra.

—Se va a llevar un buen chasco —dijo Conway.

Y sin más explicaciones, fue al encuentro del hombre, que al verlo orientó sus pasos hacia él, y le tendió la mano cuando se encontraron. En la izquierda llevaba un portafolios.

—Señor Conway, ¿qué tal?

—Bien, señor Sherman. ¿Qué le trae por aquí?

Preston Sherman, el jefe del Departamento Estratégico Internacional, alzó el portafolios mostrándolo.

—Traigo unas cintas en las que están grabadas las voces de Pyne y Delaney, y como me han dicho que ustedes tienen al agente ruso que...

—Sí, lo tenemos. Venga. Usted quiere que Andrei Gorav identifique la voz de uno de ellos como perteneciente al hombre que le hizo el trato a Gorav, ¿no es así?

—Bueno..., me pareció que valía la pena salir de Washington para intentarlo, francamente.

—Su idea es buena, sin duda.

Llegaron a la cabaña sin que el hermético señor Conway hubiese dado ninguna explicación más. Al entrar, los dos vieron a Lucy

Conway de pie, apuntando con su pistola hacia la puerta. Preston Sherman respingó, pero se tranquilizó en seguida, pues Lucy bajó la pistolita y se quedó mirándolo, sorprendida.

—¿Qué hace usted aquí, señor Sherman?

Éste abrió la boca, fija su mirada en Andrei Gorav... Y se quedó así, con la boca abierta, sin emitir sonido alguno. Se acercó al ruso, le alzó la cabeza y se volvió hacia los Conway.

—Pero... ¡Está muerto! ¡No han debido...!

—¿Cree que hemos sido nosotros? —preguntó Morgan.

—Claro... ¿Es que no...?

—No. Nosotros, no. Lo mataron mientras estábamos en el embarcadero. ¿Se han enterado de eso?

—No... No. ¿De qué hablan?

Lucy Conway fue la encargada de explicarle a Preston Sherman lo sucedido. Y cuando la explicación terminó, el jefe del DEI se pasó una mano por la frente. Estaba pálido.

—Pero entonces..., ¿qué... qué ha pasado realmente aquí? ¿Dónde están los

WW-307,

quién los tiene, quién ha matado a toda esta gente...? Por Dios, ¿qué ha pasado aquí?

—No somos adivinos —sonrió secamente Lucy—. Lo único que podemos decirle, ya está dicho. Hay un asesino muy eficiente, mató a quien le convino y, por supuesto, él debe tener los planos.

—Hay que encontrarlos. ¡Hay que encontrarlos, o estamos perdidos...!

—Yo estoy un poco harto de planos «importantes» —dijo Morgan Conway—. Hace ya tiempo que aprendí que los servicios secretos conceden una importancia exagerada a documentos que luego no afectan...

—Escuche, Conway, usted no sabe lo que dice... Y como yo doy esos planos por perdidos, le diré en qué consisten, pues pronto dejarán de ser un secreto: los rusos los airearán, ya lo verá... Así que poco importa que ustedes sepan en qué consisten: son los planos para la construcción de silos atómicos en un país de Sudamérica.

—¡Por Dios! —Respingó Lucy.

Preston Sherman sacó el pañuelo, y se lo pasó por la frente.

—Ustedes saben que últimamente se están estableciendo determinados acuerdos sobre la no proliferación de armas nucleares en América del Sur. Pues bien: Estados Unidos apoya esta decisión..., pero mientras tanto, está preparando la construcción de esos silos en uno de los países sudamericanos, que ha aceptado a cambio de determinadas concesiones militares y económicas... Ni que decir tiene que esa construcción habría sido secretísima...

—Y una cochinada —dijo Morgan Conway.

—Sí... La verdad es que sí... Pero los rusos se van a enterar, y van a poner el grito en el cielo, dirán que estamos faltando a todos los convenios establecidos y a los que se están discutiendo actualmente...

—Pues yo diría —murmuró Lucy— que los rusos tienen razón esta vez, señor Sherman.

—¡Usted es americana, no puede hablar así! —aulló Sherman.

—Yo soy americana, es cierto, y si puedo recuperaré esos planos, señor Sherman. Usted, como jefe del DEI, quizá pueda decirme lo que debo hacer, pero no puede decirme lo que debo pensar. Así que lo repetiré: esto es una cochinada, y los rusos tienen razón esta vez... ¿No es así, mi amor?

—Sí —dijo Conway.

—Está bien —se abatió Sherman—. La verdad es que les comprendo, en muy buena parte. Yo también, cuando era más joven, hacía trabajos como el de ustedes, y les comprendo... Pero ahora soy jefe de un departamento que ha fallado... Me culparán a mí, me sacrificarán... Si esos planos son denunciados por los rusos, estaré acabado... Se me va a caer el mundo encima...

—Inconvenientes de tener una jefatura —dijo Morgan Conway.

—Sí... Bien, no sé... ¿No tienen ninguna pista, no hay... la menor probabilidad de que recuperemos...?

—No lo sé —encogió los hombros Conway—. Pero si yo fuese usted, pensaría en el modo de librarme de la tormenta. Desde luego, no creo que queden pedazos muy grandes de usted, señor Sherman.

—Pre... presentaré la dimisión, me..., me iré... ¡Me iré a las Hawái, no quiero saber nada más de todo esto! Tengo un poco de dinero, presentaré la dimisión, me..., me eclipsaré, no quiero saber nada, nada, nada...

—¿No es una actitud muy cómoda la suya?

—Sí, quizá tenga razón... ¡Pero es que si no me voy me harán pedazos! ¡Si ustedes me diesen alguna esperanza...!

—Lo siento, no podemos. De todos modos, ¿por qué no espera unos días antes de presentar la dimisión? Siempre resultará un poco más... elegante, ¿no le parece?

—Y por otra parte —dijo Lucy—, ¿de qué pueden acusarle? Un jefe de departamento no puede saber que algunos de sus empleados van a cometer traición, ¿no es así?

Preston Sherman miró a una y otro y suspiró profundamente.

—Quizá tengan razón —admitió de nuevo—. Pero no sé... Lo cierto es que los

WW-307

han sido robados, y eso es lo catastrófico. ¿Qué pueden hacerme o decirme a mí? ¡Yo no tengo la culpa! La tienen Robert y Maxwell, que lo robaron... ¡Y no comprendo cómo pudieron hacer semejante cosa!

—¿No lo comprende? —Frunció el ceño Morgan—. Pues es bien fácil, señor Sherman: estas cosas sólo se hacen por dinero.

—No... No, no, no... Robert y Maxwell, no. Eran buenos amigos, ganaban un sueldo importante... ¿Dinero? No.

—¿Entonces...?

—No lo sé. —Sherman se dejó caer en un sillón—. ¡No lo sé, no puedo entender nada, no consigo pensar! Es como si un hermano nuestro nos clavase un cuchillo por la espalda... ¡Y por dinero...!

En la cocina se oyeron unos golpes, y Morgan le hizo una seña a Lucy. Fue para allá y regresó a los pocos segundos acompañado de dos de los hombres-rana, ya vestidos de calle.

—Hay que empaquetar a Gorav —dijo.

Preston Sherman ni siquiera se movió, ni miró a los dos hombres, que se quedaron mirando el cadáver del agente ruso. Morgan fue al dormitorio a por una manta, y en ella envolvieron el cadáver, después de librarlo de sus ligaduras. Con las mismas cuerdas, lo ataron sólidamente dejándolo convertido, en efecto, en un gran paquete. Uno de los hombres-rana se lo cargó en un hombro y el otro salió por la cocina, para asegurarse de que no había curiosos interesándose por lo que pudiese hacer el tercer hombre-rana con la camioneta en la parte de atrás de la cabaña dieciocho.

Reapareció, hizo una seña, y el que cargaba con el cadáver preguntó:

—¿Lo llevamos a casa?

—Sí. Que examinen también la bala o balas que lo hayan matado: deben pertenecer a la misma pistola. No ganaremos nada con ello. —Morgan torció el gesto—, pero al menos dejaremos el expediente del mejor modo posible para que alguien más listo que nosotros pueda estudiarlo algún día.

Poco después, cuando ya había dejado de oírse el motor de la camioneta, Preston Sherman se puso en pie, lentamente.

—Yo también regreso —musitó—. Y que sea lo que Dios quiera.

Finalmente, quedaron solos en la cabaña el señor y la señora Conway, mirándose.

—Tu humor no parece muy bueno, mi amor —susurró ella.

—Es una cosa simple de explicar, querida mía —gruñó él—, no estoy acostumbrado a fracasar. Al menos, de un modo tan rotundo.

—¿Crees que es porque he intervenido yo?

—No. A decir verdad, has hecho más de lo que esperaba... Aunque tampoco tengo que asombrarme demasiado, puesto que eres tan agente de la CIA como yo. No, la culpa no es tuya, desde luego.

—Ni tuya.

Morgan encogió los hombros.

—Posiblemente no es de nadie... Quiero decir de nadie de los nuestros. Digamos que es culpa de ese asesino, cuya astucia hay que admirar: no ha cometido un solo fallo.

—Siempre se comete un fallo, mi amor.

—¡Deja ya de llamarme «mi amor»! La comedia ha terminado, no hemos conseguido nada, hemos fracasado... ¡Al diablo con el señor y la señora Conway!

—Perdona. No creí que te molestase tanto que fuese tu esposa. Has sido tan cariñoso y considerado...

Ray Stanton frunció el ceño, se acercó a su compañera Jane Marlowe, y le puso las manos en los hombros.

—De nuevo te pido perdón —murmuró.

—No te preocupes —sonrió ella, un tanto temblorosos los labios—. Comprendo tu estado de ánimo. ¿Qué hacemos ahora? Supongo que los agentes Ray Stanton y Jane Marlowe tendrán que regresar y

dar la cara al fracaso. Han muerto cinco personas, nosotros hemos estado aquí y regresamos sin saber nada de nada..., y sin los planos WW-307.

¡Dios mío, y es mi primer trabajo...! Quiero decir, el primero importante. Me hubiese gustado poder ayudarte más, tener la experiencia que sin duda, tenía en sus tiempos el señor Sherman, o la de ese pobre viejo ruso, Antón Kuchev... ¡Ojalá hubiese podido...!

—Espera —se apretaron las manos de Morgan Conway en los hombros de Lucy—. ¡Espera un momento, no digas nada más!

—¿Qué..., qué...?

—¡Que te calles! —aulló Morgan—. ¡Que cierres el pico, demonios!

La soltó, se dejó caer en un sillón, y se tapó los ojos con las manos. Durante más de tres minutos estuvo así, inmóvil. Por fin bajó las manos y miró a Lucy, que le contemplaba expectante, en silencio, también inmóvil.

Morgan Conway se puso en pie, se acercó a su esposa, la abrazó por la cintura, y, sin más preámbulos, la besó en los labios.

—Muñeca —susurró—, tú y yo nos vamos directamente de aquí a Washington.

—Lo que tú digas, mi amor —susurró la señora Conway.

CAPÍTULO VIII

Tres noches más tarde, Preston Sherman regresaba a su domicilio en Washington, con aspecto fatigado, después de un duro día de trabajo en el DSI, donde las cosas, ciertamente, estaban al rojo vivo.

Al llegar ante la verja que rodeaba el jardín de su pequeño chalé, vio un coche estacionado, y su ceño se frunció con un gesto de desconfianza. Eran más de las nueve de la noche, y no se veía a nadie en la avenida de la zona residencial... ¿Qué hacía aquel coche estacionado ante la entrada de su casa?

Detuvo el coche, apagó las luces y abrió el compartimiento del salpicadero, donde guardaba la pistola. Se la guardó en el bolsillo derecho de la chaqueta, salió del coche, metió la mano en aquel bolsillo, empuñando la pistola, y se dirigió hacia el coche que obstruía la entrada a su casa. No confiaba en nadie después de...

Pero la puerta del otro coche se abrió y apareció una figura femenina, cuya silueta identificó Sherman al mismo tiempo que la voz:

—¡Señor Sherman! ¡Le estaba esperando!

Entornados los ojos, duro el gesto, Sherman llegó ante la muchacha, que le tendía la mano, sonriendo, brillante la mirada.

—Señora Conway... ¿Qué hace usted aquí? —murmuró.

—Le esperaba... Tengo algo muy importante que consultarle. ¿Puede concederme unos minutos?

Sherman vaciló, sacó la mano derecha del bolsillo, y estrechó la de ella.

—Por supuesto, señora Conway. ¿De qué se trata?

—Oh, en primer lugar, aquello del señor y la señora Conway ya terminó. Sería mejor que me llamase por mi nombre: Jane Marlowe. Y soy soltera.

—Entiendo. Bien, señorita Marlowe, ¿en qué puedo servirla?

La muchacha miró inquieta alrededor.

—¿No podemos ir a un sitio más... tranquilo? Quiero decir a un sitio donde no pueda pasar nadie, algún vecino... ¿Me comprende?

—Sí, claro. Pero ¿qué ocurre?

—Señor Sherman —brillaron los ojos de Jane Marlowe—, ¡creo que tengo una pista estupenda para solucionar el caso de los WW-307!

Sherman respingó. Luego parpadeó... Y acabó asintiendo con la cabeza.

—Conozco un sitio tranquilo —dijo—. Vamos. Yo conduciré.

—Muy bien.

La muchacha rodeó el coche, y fue a ocupar el asiento contiguo al del conductor, ante el cual se hallaba ya Sherman. Éste dio el encendido, miró a Jane Marlowe y preguntó:

—¿Qué clase de pista?

—Me parece que es buena. —Jane parecía entusiasmada—, pero he querido consultarla con usted.

—¿Conmigo? —El coche se alejaba ya de la casa de Sherman—. ¿Por qué conmigo? Este trabajo lo estaba realizando usted y su compañero Ray Stanton, ¿no es así?

—Oh, sí... Bueno, señor Sherman, seguramente a usted va a parecerle que mi comportamiento es poco... amable con mi compañero, pero... Mire, señor Sherman, cada uno hace lo que puede por conseguir prosperar, ¿no le parece?

—Sí, pero no sé si la entiendo, señorita Marlowe.

—Yo creo, creo que Ray Stanton... Bueno, para ser sincera, es un buen compañero, muy simpático y amable, pero... él ya tiene su... prestigio, su... línea ascendente dentro de la CIA. Quiero decir que para él, un triunfo más o menos no significaría gran cosa. En cambio, para sí podría ser muy útil con vistas a ascensos importantes. Bien, lo que trato de decirle...

—Entiendo ahora muy bien que usted cree tener algo bueno y que no quiere compartir su éxito con él agente Stanton. ¿O no es eso?

—Sí... Sí, eso es, señor Sherman. Cada cual hace lo que puede por sí mismo. Yo tengo la posibilidad de conseguir un triunfo importante, y, francamente, no creo que deba compartirlo con nadie. Hay que tener en cuenta, claro, que la CIA no va a salir

perjudicada de ninguna manera.

—Claro. Pero, al parecer, está dispuesta a compartir ese triunfo conmigo, señorita Marlowe.

—No, exactamente —rió ella, muy nerviosa—. Usted puede triunfar todo cuanto quiera en el DEI, a mí eso no me importa. Usted triunfe en el DEI, y yo en la CIA, ¿comprende? Además, necesito su ayuda, su... colaboración. Y también obtendrá beneficios, sin duda. ¿Por dónde estamos ahora? No conozco bien Washington.

—No se preocupe. Saldremos pronto de la ciudad. Éste es un camino vecinal poco transitado. Y menos, a esta hora... Siga hablando, por favor. ¿Cómo cree usted poder solucionar el asunto de los planos

WW-307?

—Pues... Bien, usted dijo que hace años estaba en nuestros servicios secretos activos, ¿no es así?

—Sí... Sí, en efecto.

—Yo... pedí permiso para examinar los ficheros de nuestra central, y, en efecto, comprobé que usted había sido un agente activo. Y de los buenos.

—¿Quiere decir que usted ha leído... mi expediente personal?

—Bueno, a decir verdad, leí en primer lugar la ficha que tenemos de Antón Kuchev, el viejo espía que encontramos muerto en el lago. Luego, en Balística, me informé de que, en efecto, tanto Kuchev, como Andrei Gorav, como Maxwell Pyne y Robert Delaney, habían sido muertos con la misma pistola... Si la persona propietaria de esa pistola había asesinado a Pyne y Delaney, y luego a Antón Kuchev, quería decir que Antón Kuchev no era quien había matado a Delaney y Pyne, ¿no le parece?

—Sí... Parece lógico.

—Entonces, había alguien más. Durante unas horas, Ray y yo pensamos que podía ser ciertamente, Andrei Gorav... Ray le estuvo golpeando, ya sabe... Tuvimos que convencernos de que no había sido Gorav quién había asesinado a Kuchev, Pyne y Delaney. Y el convencimiento fue total cuando mataron a Andrei Gorav en nuestra cabaña... ¿Se da cuenta de lo qué significa esto?

—No... La verdad, no.

—Significa que había allí alguien más que los conocía a todos,

que estaba al corriente de todo lo que pasaba —dijo Jane.

—¿Usted cree?

—Sí, sí, sí... Yo creo que esa persona fue la que citó allí a Maxwell Pyne y Robert Delaney ignoro con qué pretexto. También citó al ruso Andrei Gorav... ¿Y sabe por qué?

—No. ¿Por qué?

—¡Porque quería dar la sensación de que habían sido los rusos los que habían hecho aquello! Pero no. No fueron los rusos: ¡fue alguien del DEI!

—¡Del DEI! —Respingó Sherman—. ¿Quiere decir que hay más traidores, aparte de Pyne y Delaney?

—No, no, no, señor Sherman... Pyne y Delaney no eran traidores. Fíjese bien: una persona del DEI roba los
WW-307.

Luego cita a un ruso que conoce debido a ciertas informaciones que pasan por sus manos en el departamento: Andrei Gorav que se hace llamar Pierre Deschamps en Ottawa. Seguramente, le hace una oferta fabulosa, Gorav acude al motel. También acuden Pyne y Delaney sin desconfiar, puesto que quien les ha citado allá es un compañero, un amigo. Debían estar... intrigados, pero acuden. Entonces, llega el verdadero traidor, mata a los dos, quema los planos en la chimenea, de los cuales ya tiene las microfotos, naturalmente, y, se las arregla para que quede un trozo de plano. Enciende la televisión y se va, dejando la puerta abierta...

—¡Qué tontería!

—No, no. Lo hace para que todo se descubra pronto. Por dos motivos: para que Delaney y Pyne sean identificados en seguida, y se sepa que han robado los planos, y para que el ruso Andrei Gorav, que está en el motel, se dé cuenta de que algo peligroso sucede, y se marche a toda prisa. Naturalmente, Las investigaciones posteriores aclararán que el agente ruso Andrei Gorav, conocido en Ottawa como Pierre Deschamps, ha estado allí. Esto tiene que aclararlo todo: Gorav ha matado a Delaney y Pyne ha microfotografiado los planos, los ha quemado, y se ha marchado, sin duda a Moscú, a toda velocidad. Eso es lo que esperaba el asesino, pero Gorav, que no entendía nada de nada, así como su jefe de Ottawa, no se marcha, sino que se queda en Canadá, concretamente en Niágara, mientras dos compañeros suyos acuden al Cootes Motel a ver si

consiguen enterarse de lo que ocurre. Éstos no son peligrosos, pues nada saben, así que el asesino y traidor los deja en manos de Ray y mías. Pero cuando se entera de que, en contra de sus suposiciones, Gorav no ha abandonado muy asustado el continente, comprende que en cualquier momento puede encontrárselo delante, y que, si oyó su voz, puede identificarle... ¿Qué hace entonces, cuando comprende que Gorav puede identificarlo, por medio de la voz, como el norteamericano que lo citó en el motel?

—Pues, evidentemente, lo mata, ¿no?

—¡Exacto! Se entera de que Gorav está en manos de Ray y mías, espera su oportunidad, y ésta llega cuando todo el mundo corre hacia el embarcadero del motel a ver el cadáver encontrado en el lago. Entra por la puerta de atrás, mata a Gorav, y se va. Ya no tiene nada que temer. ¿Lo comprende?

—Por supuesto. Pero ¿qué me dice de Antón Kuchev? ¿Por qué lo mataron?

—Ése es el cadáver que sobra —murmuró Jane.

—¿Sobra?

—Sí, sí. He podido constatar, en todos los archivos, que hace unos diez años que Kuchev no trabajaba como espía. Seguro.

—Pero entonces..., ¿por qué matarlo, qué pinta él en todo esto?

—Vio al asesino.

—¿Cómo? —Respingó Sherman.

—Sí, sí. Pura casualidad. Antón Kuchev estaba en el Cootes Motel por casualidad, efectivamente dedicado a fotografiar aves y escribir un libro sobre ellas. Pero, aquella noche, por casualidad, vio al asesino, y lo llamó.

—¡Vamos, señorita Marlowe...!

—¡Tuvo que ser así, señor Sherman! Mire, Antón Kuchev era un agente doble, había trabajado para nuestros servicios secretos, así que, indudablemente, conocía a muchos de nuestros agentes de diversos servicios. Aquella noche vio a un hombre, un empleado del DEI, en el motel. Lo reconoció como un antiguo... compañero de trabajo, y lo llamó, seguramente feliz por el encuentro. Entonces, el asesino mató a Antón Kuchev, y lo tiró al fondo del lago, con un anclote en un pie, para que jamás fuese hallado, ya que sabía muy bien que aquel muerto sobraba en la escena. Y, además, claro, si removían su ficha podían obtener conclusiones.

—¿Del mismo modo que las ha obtenido usted leyendo todas las fichas de los empleados del DEI?

—En efecto.

—Bien... ¿Y qué ha sacado en claro?

—Poca cosa... Por eso pido su ayuda. Creo que entre los dos podremos terminar con bien este asunto. He leído en su expediente, señor Sherman, que usted fue un agente bastante eficaz y muy activo hace bastantes años, en Hungría. Precisamente, allá estuvo operando también Kuchev pasándonos información, por las mismas fechas. Es de suponer que usted y Kuchev llegaron a conocerse, en aquel tiempo en que a usted se le denominaba con el nombre clave de «Key». ¿Llegaron a conocerse?

—Sí —musitó Sherman.

—¡Se da cuenta, puede ayudarme, señor Sherman!

—No veo cómo.

—Usted es el único empleado del DEI que, según su expediente, tuvo relaciones con Antón Kuchev. Por eso he pensado que usted, sin duda, recordará a otros de los nuestros que también estuvieron en relaciones con él... ¡Si usted recordase cuál de nuestros hombres que estuvieron en Hungría está ahora en algún departamento relacionado con el DEI, tendríamos a nuestro hombre, al traidor, al que citó a Gorav y a Pyne y Delaney, al que mató a los tres y a Kuchev...!

—Entiendo. —Sherman detuvo el coche fuera de un camino solitario bordeado de altos árboles, en una zona oscura—. Pero, señorita Marlowe, ¿no se le ha ocurrido pensar que ese hombre que usted busca puede ser yo mismo, precisamente?

—¿Usted? ¡Oh, no...!

—¿Por qué no? —sonrió secamente Sherman.

—Pues, porque... Oh, vamos... Usted es el jefe del DEI, se le notaba tan abatido y preocupado... ¡Usted no puede ser ese asesino y traidor!

—Señorita Marlowe: ha hecho usted muy mal en no comunicar su... investigación a su compañero Stanton, se lo aseguro.

—¿Qué..., qué quiere... decir...?

—Salga del coche, por favor.

—Pe... pero... ¿Salir del...? ¿Para qué?

—Salga, hermosa cretina.

—Señor Sherman...

—¿De verdad es usted tan rematadamente idiota, hija mía? Jamás se me ocurrió pensar que alguien bucease en los expedientes de los empleados del DEI, quizá porque tampoco pensé que alguien pudiese encontrar algún día el cadáver del pobre Antón... ¡Pobre Antón! Le juro que me disgustó matarlo, pero no podía hacer otra cosa.

—Se... señor Sherman, no..., no es posible que... que usted...

—Hijita, tiene usted un cerebro del más puro corcho. ¡Claro que fui yo, y usted debió comunicar inmediatamente a la CIA su... descubrimiento de que yo, Key, conocía a Kuchev, y todo eso! Fui yo quien mató a Pyne y Delaney, para que quedaran como traidores cuando la CIA descubriese que un agente ruso llamado Andrei Gorav había estado allí... Los cité y los maté; lo tenía todo preparado...

—Pe... pero..., ¿para qué?

—Pequeña cretina: ¿sabe usted cuánto cobraré por las microfotos de los planos, cuando dentro de una semana o dos, las entregue a cierta persona en Honolulu? ¡Tres millones de dólares! Dentro de pocos días, la situación será insostenible para mí en el DEI, tal como esperaba. Presentaré mi dimisión, me iré a «reponerme» a las Hawái, viaje que también está planeado, y allá cobraré tres millones de dólares. Luego, con calma, con tranquilidad/iniciaré una nueva vida... de millonario. ¡Se terminaron los riesgos, el trabajo, las responsabilidades...! Ya no más.

—No es posible... lo que dice... Además, usted no pudo matar a Andrei Gorav, porque llegó en su helicóptero cuando..., cuando ya estaba muerto...

—Yo había llegado ya hacía tiempo, hijita. Salí de Washington en cuanto supe que ustedes tenían a Gorav. Dejé el helicóptero lejos del motel, llegué a pie, tuve la oportunidad, maté a Gorav, y me fui. Luego, llegué con el helicóptero. Y lo mismo hice cuando maté a Pyne, Delaney y al pobre Antón... ¿Sabe?, tiene razón en que sobra el cadáver de Antón... ¡Pobre viejo! Pero, en fin ya no tiene remedio... Y tampoco tiene remedio lo de usted, señorita Marlowe. Salga. ¡Salga, no me obligue a cargar con su cadáver y mancharme de sangre! ¡Afuera!

—Sí... Sí...

A la luz de los indicadores del salpicadero, se veía el rostro de Jane Marlowe, lívido, desencajado, desorbitados los ojos. Sus mandíbulas chocaban fuertemente, y sus movimientos eran lentos, rígidos. Abrió la portezuela del coche y salió mientras Preston Sherman comenzaba a desplazarse en el largo asiento para salir tras ella, pistola en mano.

Y de pronto, la aterrada Jane Marlowe saltó con toda su fuerza hacia delante, desapareciendo en la oscuridad..., que se tiñó de rojo cuando Sherman disparó contra su espalda, lanzando un aullido de rabia.

El disparo restalló secamente en la noche, en aquel tranquilo y solitario lugar, pero no se oyó gemido alguno de dolor por parte de la G-woman. Lanzando maldiciones, Preston Sherman acabó de salir del coche, y apuntó hacia los arbustos que aún se movían...

—¡Quieto, Sherman! —Oyó a su derecha la voz de Ray Stanton.

Chillando de rabia, Preston Sherman se volvió hacia la parte trasera del coche, y vio alzada la tapa del portaequipajes, y, de pie dentro de éste a superior altura con respecto a él, la silueta del agente de la CIA, con el brazo derecho extendido... En una fracción de segundo, Sherman comprendió la trampa que le habían tendido los dos agentes de la CIA. Ella le engaña, le sonsaca, y él espera escondido en el portaequipajes. Habían previsto todo lo que iba a pasar. Todo. Incluso que él llevaría a la muchacha a un lugar adecuado para matarla... y que al mismo tiempo sería adecuado para que ella escapase, perdiéndose en la oscuridad...

Chillando aún más fuerte, más agudamente, loco de rabia, Preston Sherman se juega el todo por el todo..., y perdió. Intentó disparar ahora contra Ray Stanton, pero, en la mano derecha de éste brilló un destello de color naranja.

Plop, se oyó.

Luego, el silencio absoluto... Hasta que el

G-man

saltó del portaequipajes, donde tan incómodamente había viajado, y se acercó a Sherman, que se veía tendido de lado en el suelo, iluminado escasamente por las luces de posición del coche. Tan sólo ver los ojos de Preston Sherman, abiertos, el

G-man

comprendió.

—Está muerto —dijo en voz alta.

A su izquierda, los arbustos se movieron, y Jane Marlowe apareció, tan pálida que parecía muerta. Se quedó mirando el cadáver de Preston Sherman, pero oyendo las palabras de Stanton:

—¿Estás bien?

No se movió. Ray se acercó a ella, guardando la pistola, y la abrazó por la cintura.

—Jane, ¿estás bien?

—Sí..., sí..., sí...

—¿Qué te dijo?

—Debe..., debe tener el microfilme escondido... en su casa, o en algún sitio...

—Lo encontraremos, no te preocupes por eso. ¿Todo lo demás era como dije?

—Sí...

—Bien. Lo meteremos en el portaequipajes. Ahora le toca a él viajar incómodo. Aunque no va a notarlo, claro. Cógelo por los pies. Bueno, ¿qué te pasa? ¿Eres o no eres un agente de la CIA que ha hecho la parte que podía hacer?

Jane Marlowe tragó saliva. Ayudó a Stanton a meter el cadáver en el portaequipajes, cuya tapa se cerró con seco y lúgubre chasquido.

Ray Stanton pasó un brazo por los hombros de Jane Marlowe.

—En marcha, agente Marlowe —dijo—, tenemos que presentar el informe de este trabajo.

ESTE ES EL FINAL

Jane Marlowe abrió la puerta de su apartamento, y alzó las cejas al ver a su visitante.

—Ah, eres tú... Pasa, compañero.

Ray Stanton entró, cerró la puerta con el talón, y miró con gesto especulativo a su alrededor. Por fin aprobó con un gesto.

—No está mal... Claro, se nota que aquí vive una mujer, pero no está mal.

—Muy amable. ¿Qué te trae por aquí, compañero?

—Pues... Bueno, quería decirte que, en efecto, esta misma tarde hemos encontrado en la casa de Sherman el microfilme. Cumplido esto, me he apresurado a regresar a Nueva York, para que sepas que en breve recibiremos ambos las más calurosas felicitaciones por parte de nuestros superiores. ¿Estás contenta?

—Mucho. Bien... ¿Algo más?

El espía paseó la mirada por la sugestiva bata que realzaba los encantos de su compañera.

—¿Vas a ducharte? —preguntó.

—Acabo de hacerlo, después de regresar de comprar víveres. Iba a cenar dentro de poco.

—Ah... Supongo que eres una buena cocinera. Una chica tan lista y valiente como tú tiene que saber cocinar bien.

—Me las voy arreglando.

—Ya... ¿No tienes invitados?

—No.

—¡Oh!... Bueno... ¡Demonios, no eres muy educada!, ¿verdad? Se ve bien claro que estoy rabiando por quedarme a cenar contigo. Puedo preparar unos estupendos cócteles, ayudarte en la cocina, poner música... En fin, estar contigo.

—Y todo eso..., ¿por qué? —se sorprendió Jane Marlowe.

—Voy a hacerte una confidencia —gruñó él—. Soy un cretino:

me he enamorado de ti.

—Interesante —reflexionó ella—. Confidencia por confidencia: yo estoy loca por ti. Y, la verdad, no doy codazos mientras duermo.

Ray la abrazó por la cintura, y la besó en los labios, durante tres o cuatro siglos. Luego susurró:

—Entonces..., ¿puedo quedarme a cenar?

—A cenar... y a lo que quieras..., compañero.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

